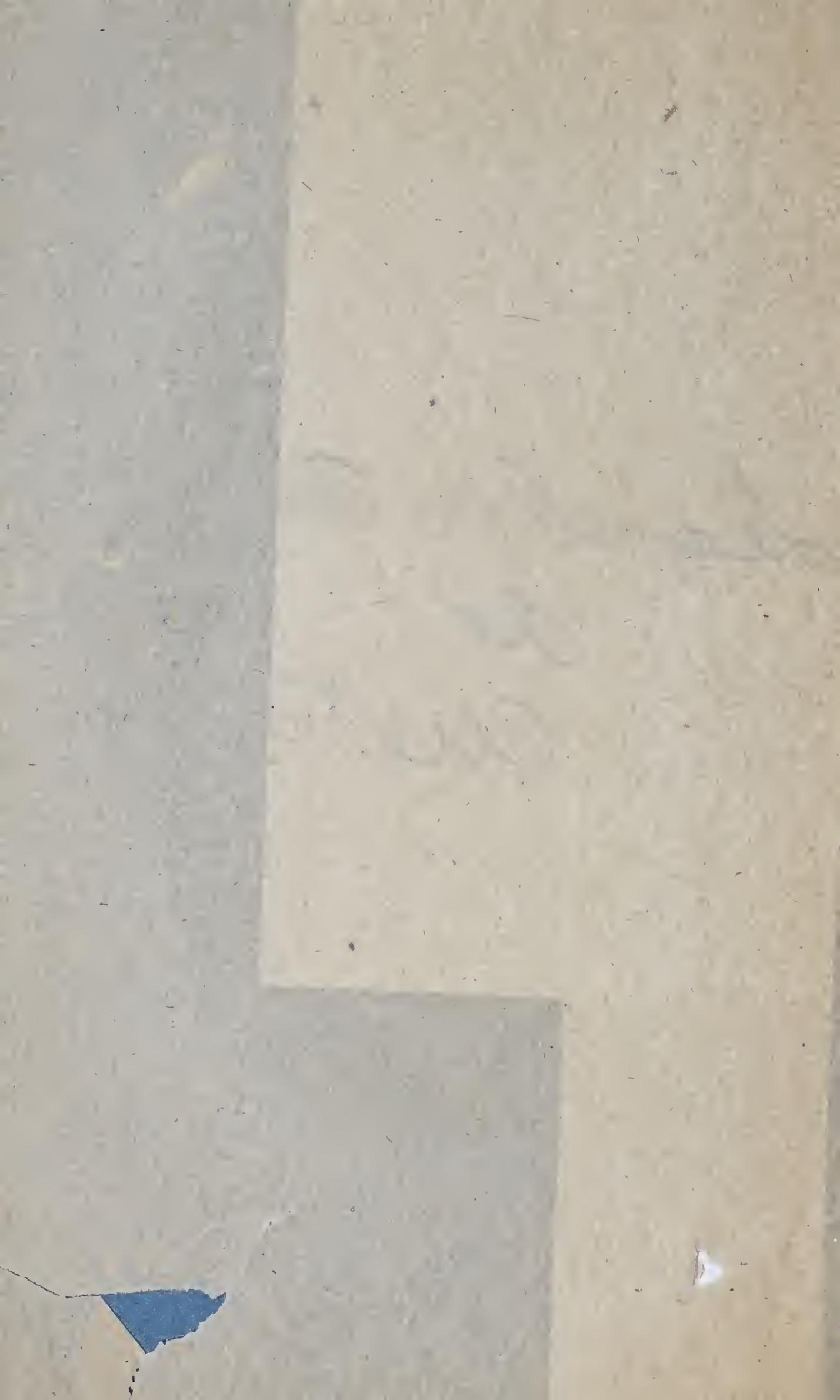


DR. WALTER THOMAS

Leopoldo Augusto

de

Quito



DOÑA MARIA CORONEL,

ó

NO HAY FUERZA CONTRA EL HONOR.

DRAMA.

THE HISTORY OF THE

REIGN OF KING CHARLES THE FIRST

DOÑA MARIA CORONEL,

ó

NO HAY FUERZA CONTRA EL HONOR.

DRAMA EN CUATRO ACTOS

Y EN DIFERENTES METROS,

ORIGINAL DE

Don Leopoldo Augusto de Cueto.



MADRID:

—

IMPRENTA DE YENES, CALLE DE SEGOVIA, NÚM 6.

1844.

INTERLOCUTORES.

EL REY D. PEDRO-EL-CRUEL.	JUAN DIENTE, <i>ballestero del rey.</i>
D. JUAN DE LA CERDA.	CORTESANO 1.º
ROGER, <i>doncel del rey.</i>	CORTESANO 2.º
EL OBISPO D. NUÑO.	UNA DUEÑA.
DOÑA MARIA CORONEL.	UN BALLESTERO.
LA PADILLA.	CORTESANOS, HOMBRES DE ARMAS, MACEROS, <i>etc.</i>
GUIOMAR, <i>dueña de doña Maria Coronel.</i>	

La acción pasa en el primer acto en un castillo á algunas leguas de Sevilla.—En los actos segundo y tercero en el Alcazar de Sevilla.—En el cuarto en el monasterio de Santa Clara de la misma ciudad.

Este drama es propiedad de la Sociedad de escritores dramáticos, la cual perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello autorizacion del director de la misma Sociedad, segun previene la Real órden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

AL SEÑOR

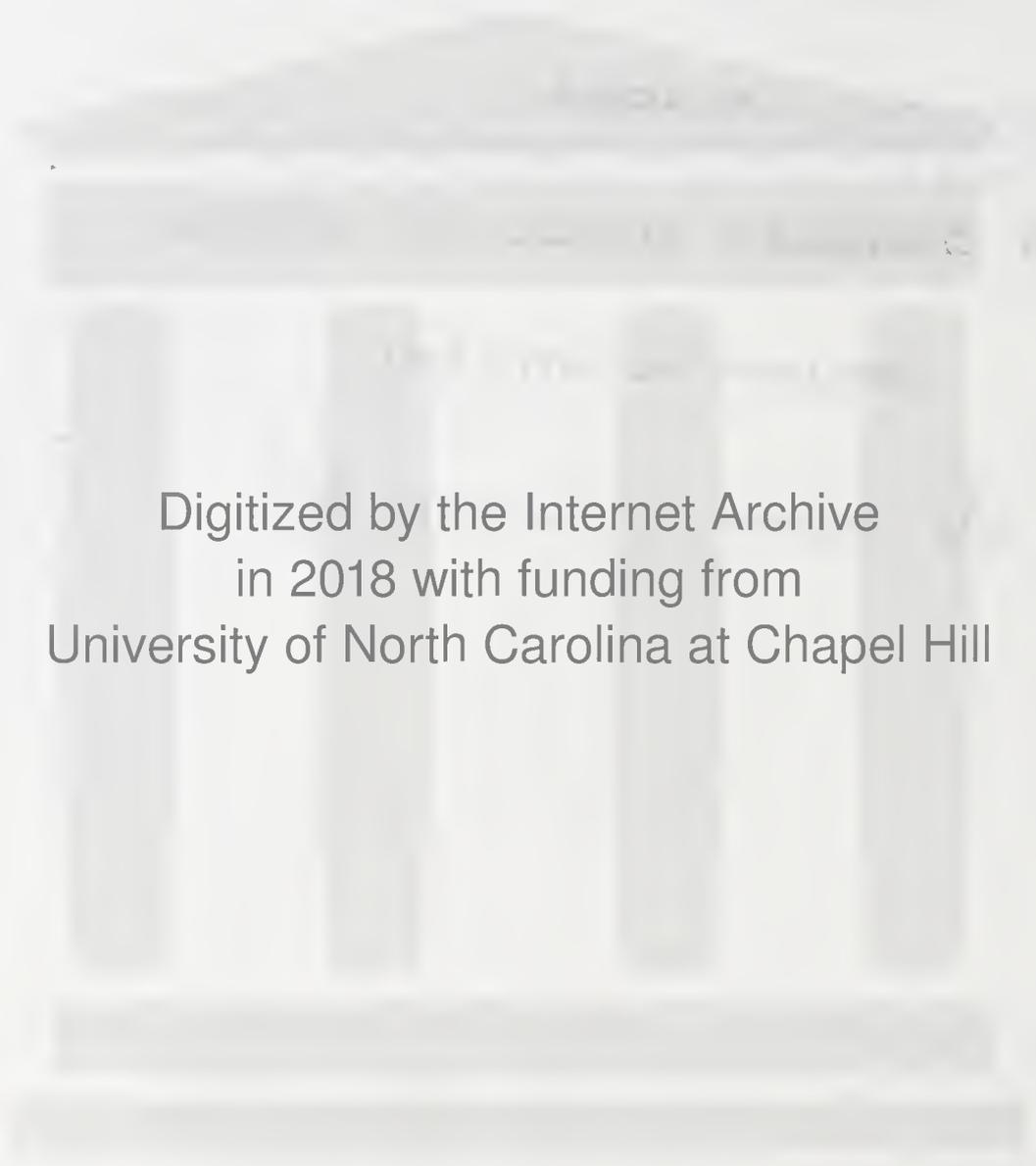
DON GONZALO MARIA DE CUETO,

BRIGADIER DE ARTILLERIA.

Su cariñoso y reverente hijo

EL AUTOR.

713095



Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

«La prision de D. Juan de la Cerda y voz de que no
»saldria de ella con vida, obligó á su muger Doña María
»Coronel á partir á implorar su perdon: halló al rey en
»Tarazona, que cierto de que cuando ella volviese con el
»perdon, lo hallaria muerto, como habia enviado á man-
»dar que se ejecutase con Ruiz Perez de Castro, su balles-
»tero, se lo concedió. Volvió la heróica matrona alegre con
»el engañoso despacho, pero halló muerto ya á su marido...»

«De su casta resistencia al amor lascivo del rey se re-
»fieren notables sucesos, de que ni el tiempo, ni si fueron
»antes ó despues de su viudez, se señala. Que perseguida de
»la aficion real, que temió violenta, se retiró al convento
»de Santa Clara de esta ciudad, y que aun en él no estuvo
»segura, porque fué mandada entrar á sacar por fuerza....
»Fiendo no poderse evadir de su llevada al rey, abrasó con
»aceite hirviendo mucha parte de su cuerpo para que las
»llagas le hiciesen horrible, con que escapó su castidad á
»costa de prolijo y penoso martirio... Considere estas accio-
»nes quien á las de este rey buscare criticas disculpas.»

(Anales eclesiásticos y seculares de la ciudad de Sevilla
por D. Diego Ortiz de Zúñiga.)

«Poco mas bajo ví otras enteras,
»la muy casta dueña de manos crueles,
»digna corona de los Coronales,
»que quiso con fuego vencer sus fogueras.»
(Juan de Mena.)

*Estos pasajes han dado la idea y el fundamento del pre-
sente drama.*

*Si bien la mayor parte de las anécdotas y sucesos extra-
ños que corren del rey D. Pedro merecen el nombre de fá-
bulas que con razon les daba el sesudo Argote de Molina,*

no pertenece sin embargo á este número el lance que refiere en las palabras citadas el analista Ortiz de Zúñiga. Atestiguan la tradicion de aquel sublime martirio las manchas que todavia se advierten en el cutis del cuerpo incorrupto de Doña Maria Coronel, que se espone anualmente en Sevilla á la veneracion pública.

Por lo demas, aunque el autor ha seguido los recuerdos históricos en la base del argumento y en aquella parte del carácter de los personajes que puede fundarse en hechos, ha descuidado la historia, y aun á veces se ha apartado deliberadamente de ella en la combinacion de ciertos lances y pormenores, persuadido de que en un drama es mas importante no desatender las condiciones naturales y lógicas del asunto, que sacrificarlas á un alarde de minuciosidad y escrupulosa exactitud, ociosa é inconducente en este género de escritos.

Acto primero.

Noche: habitación de un castillo adornada con lujo por el gusto árabe.—Un pilar en medio.—Puertas á ambos lados y en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

GUIOMAR. (*Con impaciencia.*)

¡Ah! ¡cuánto tarda el galán!

(*Aplicando el oído á la puerta de la izquierda.*)

¡No siento el menor ruido!...

¡Jesus! ¡buena la armarán
si antes que el desconocido
acierta á venir don Juan!

¡Me estremezco!... Un caballero
aquí introducir es mengua;
pero ¡ay! es tan altanero,
que contradecirle quiero,
y se me anuda la lengua.

Alto estado y gerarquía
tiene el atrevido mozo,
que yo le he visto, á fé mia,
por debajo del embozo
un collar de pedrería.

Para él no hay ningún reparo:
mas yo sé (¡no quiera Dios!)
que puede costarnos caro
si aquí se encuentran los dos...

¡Dadme, señor, vuestro amparo!
 Él demuestra mucho amor,
 es osado y es brioso;
 mas tambien de mi señor
 debe temerse el furor,
 que es amante y es esposo...
 Yo no sé lo que hacer debo,
 ¡pero es tan dura mi suerte
 y tan fogoso el mancebo!...
 que ¡ay Dios! me dará la muerte
 si á resistirle me atrevo.
 Soy digna de compasion...
 ¡Yo apelar á mil engaños
 por su funesta aficion!
 ¡Yo manchar con la traicion
 la lealtad de tantos años!...
 Su oro desprecié tenaz,
 mas sus amenazas temo,
 que es poderoso y audaz,
 y yo le juzgo capaz
 de cualquier terrible estremo.
 Sé que dejarle aqui entrar
 podrá ocasionarme enojos;
 mas sabe tan bien mandar,
 que me hace bajar los ojos
 y servirle á mi pesar.
 ¡Señor! ¿quién es este hombre
 que ostenta tal poderío,
 que así tuerce mi albedrío?
 ¿Por qué me oculta su nombre?...
 Pero ya llega ¡Dios mio!
 (*Llaman con cautela á la puerta de la izquierda.*)
 ¡Tres golpes!.. Él es. (*Va á abrir.*)

ESCENA II.

GUIOMAR. EL REY, embozado. ROGER. *Vienen acompañados de tres hombres tambien embozados.*

REY. (*A los que le acompañan.*) ¡Entrad!
 GUIOMAR. (*Aparte.*) ¡Cinco vienen! ¡Dios me valga!

REY. *(Los hace entrar á todos, menos Roger y Juan Diente, en la habitacion de la derecha.)*

Ahí el momento aguardad,
y en tanto ninguno salga:
ya sabeis mi voluntad.

GUIOMAR. *(Al verles entrar.)*

¡Santo Dios! ¿Qué es lo que hacen?...

REY. Calla, dueña, y ten prudencia,
y sírvate de advertencia
que unos para el mando nacen
y otros para la obediencia.
No olvides, si no estás loca,
que mucho debe temer
quien mi cólera provoca,
y que á tí solo te toca
el callar y obedecer.

(Guiomar pone el dedo en la boca con un gesto de temor en señal de asentimiento.)

Y tú, Juan Diente, está alerta, *(En voz baja.)*
y en llamándote saldrás,
y á una persona atarás
á ese pilar, viva ó muerta.

JUAN DIENT. ¿Teneis que mandarme mas?

REY. Juan Diente, cuidado ten
de que aqui ignoren quien soy:
á los ojos que no ven
sabes el valor que doy:
¿me comprendes?...

(Juan Diente inclina la cabeza.)

Está bien.

JUAN DIENT. ¿Y cuál será la señal?

REY. En dando yo una palmada
con ellos al punto sal.

(Juan Diente entra en la habitacion mencionada.)

Vos, Guiomar, estad callada,
y no temais ningun mal.
Sabed que mi amor procura
vencer á doña Maria:
cifro en ello mi ventura,
y por fuerza ó por dulzura
su belleza será mia.

Saldrá de este oscuro techo

- que marchita sus abriles.
- ROGER. (*Aparte.*) ¡Mal reprimo mi despecho!
¡Que sentimientos tan viles
quepan de un rey en el pecho!
- REY. Viva la hermosa á mi lado,
que ha de ser su lugar, pienso,
tan feliz como envidiado,
cuando reciba el incienso
de mi pecho enamorado.
Aqui su beldad no brilla,
y pues cumple á mi deseo,
vaya esta noche á Sevilla
á ser ornato y recreo
de la corte de Castilla.
Dará envidia á las mugeres;
á los mas esclarecidos
verá á sus plantas rendidos,
y tendrá cuantos placeres
embelesan los sentidos.
De mi pecho allí el ardor
calmará con sus caricias,
y yo premiaré su amor
con un mundo de delicias.
- ROGER. Mal la conocéis, señor.
- REY. Eres muy jóven, Roger,
y la esperiencia te falta:
tú no puedes conocer
cuanto el esplendor exalta
la razon de una muger.
- ROGER. Pero conozco á Maria;
su corazon es sencillo,
y sé que ni un solo dia
la corte preferiria
á la paz de este castillo.
Tan modesta como hermosa
no hay en su pecho ambicion,
ni alienta para otra cosa
que para cumplir de esposa
la sagrada obligacion.
A su honor no ha de faltar
si le dieran mil coronas,
que es pura como un altar...

- REY. Mucho la virtud abonas
de esa muger singular.
- ROGER. (*Con pasion.*) ¿Y qué puedo decir yo?...
Un alma mas noble y pura
no se halla en la tierra, no:
jamás el cielo formó
tan perfecta criatura.
- REY. (*Con intencion.*) Vivo es tu entusiasmo, á fé.
- ROGER. (*Bajando los ojos.*) Ya sabeis que cuando niño
á su lado me crié:
recuerdos son del cariño
que le tuve.
- REY. Grande fué
aficion tan sostenida,
y que tales huellas deja.
Si en algo estimas la vida,
(*Con furor concentrado.*)
de ese cariño te olvida:
don Pedro te lo aconseja.
- ROGER. Ofenderos no creí...
- REY. Pero imaginaste, necio,
para apartarme de aquí,
que el anuncio de un desprecio
pudiera arredrarme á mí.
Ignoras, y te perdono,
que tanta virtud no existe:
tú verás en su abandono
que una muger no resiste
al atractivo del trono.
El alma al honor mas fiel,
cede al brillo peregrino
que lanza el régio dosel.
- ROGER. (*Aparte.*) Siempre un corazon mezquino
juzga á los demas por él.
- REY. Y ¡vive Dios! que quisiera,
por lograr mayor trofeo,
que, cual tú la pintas, fuera;
que una belleza altanera
enciende mas el deseo:
y si engaña mi esperanza, (*Con decision.*)
y es ingrata á mi querer,
apelaré á mi poder:

todo la fuerza lo alcanza,
y el temor la hará ceder.
ROGER. (*Aparte.*) Pues yo perderé gozoso,
si él su virtud atropella,
mi ventura y mi reposo,
y me creeré venturoso
si logro morir por ella.

ESCENA III.

DICHOS. DOÑA MARIA CORONEL, *que llega por el fondo.*

D.^a MARIA. (*Con gran sorpresa y agitacion.*)
¡Cielos! ¡dos hombres aquí!...
¡en mi estancia y á esta hora!...

REY. (*Con afectacion.*)
¿Qué os hemos hecho, señora,
para que os turbeis así?

ROGER. (*Apartándose á un extremo del teatro.*)
Aqui me estaré escondido,
que aunque mi crimen no sea,
al mirar accion tan fea,
¡vive Dios! que estoy corrido.

REY. No ha sido la intencion mia
causarte, hermosa, temor:
por no darte sinsabor
cuanto tengo perderia.
Recobra tu antigua calma,
angelical criatura,
que por labrar tu ventura
está impaciente mi alma.

D.^a MARIA. ¡No entiendo lo que decís!
REY. Digo que yo sé, en verdad,
que esta triste soledad
os causa tédio.

D.^a MARIA. Mentís:
aqui ví la luz primera:
en esta mansion hermosa
siempre he sido venturosa,
y en ella morir quisiera.

Aqui, esenta de cuidados,
 mis pesares se adormecen;
 y aqui mi vida embellecen
 el amor de mis criados,
 de mi esposo la constancia,
 y la mas dulce ilusion
 de un sensible corazon,
 los recuerdos de la infancia.
 Vivo amando cuanto veo,
 y nada me causa enojos,
 que encuentran do quier mis ojos
 cuanto basta á mi deseo.
 Mayor dicha el alma mia
 ni conoce ni ambiciona,
 y ni aun por una corona
 mi ventura trocaria.

REY.

Suele hablarse con desden
 de un bien que lejos miramos,
 pero de opinion mudamos
 cuando vemos cerca el bien.
 De una corona esplendente
 tentador el brillo es;
 acaso al verla á tus pies
 la alzarás hasta tu frente.
 Ven á la corte conmigo,
 que gozo de gran valia;
 ven á la corte, Maria,
 y á hacerte feliz me obligo.
 En el estrado, en las justas
 tus hechizos reinarán,
 y tus plantas besarán
 las personas mas augustas.
 Blanco alli de mi pasion,
 tendrás placeres sin cuento;
 cuanto inventa el pensamiento,
 cuanto halaga al corazon.
 Allí mi poder...

D.^a MARIA.

Callad,
 que me haceis sobrada ofensa;
 y á una muger indefensa,
 si sois noble, respetad.
 Desprecio vuestro poder,

vuestro rango, vuestro oro...

¿cómo osásteis mi decoro
en tanta duda poner?

¿Liviandad ó desenfado,
vísteis, por ventura, en mí?

REY. *(Con galanteria afectada.)*

Vuestro bello rostro ví,
y ese solo es el culpado.

D.^a MARIA. *(Con dignidad.)* ¡Aún con irónico labio
vuestra insolencia me ultraja!!

Mirad que es accion muy baja
unir la mofa al agravio...

De mi honor no os quiero hablar,
que de eso vos no entendeis;

pero os he dicho y sabeis
que idolatro este lugar.

Y ya comprendeis, por Dios,
que no fuera en mí cordura

sacrificar mi ventura
por un... villano cual vos.

REY. Ved que mi cuna es muy alta.

D.^a MARIA. ¿Qué importa que la fortuna
diese nobleza á la cuna

cuando al corazon le falta?
No ensalceis vuestros blasones,

porque yo siempre veré
la religion en la fé,

la nobleza en las acciones.
Seguir debe otro sendero

quien noble ha de parecer;
que insultar á una muger

no es accion de caballero.
Y si en vuestras venas corre

hidalga sangre, huid de mí,
y haced, saliendo de aquí,

que tanta infamia se borre.
Vuestra orgullosa esquivéz

REY. ya el sufrimiento me apura.

D.^a MARIA. Tengo la conciencia pura,
y en eso está mi altivez.

Salid pronto, ó gente llamo
que castigue tal delito...

REY. (*Con indiferencia.*) ¡Fuera rigor inaudito
castigarne porque os amo!
Mas no useis tanta entereza
amenazándome así,
que á cuantos vengan aquí
les costará la cabeza.
Basta ya de fingimiento; (*Con decision.*)
tengo corazon y espada,
y aqui dentro gente armada;
(*Señalando á la habitacion de la derecha.*)
ved si es vano vuestro intento.
Ya es tiempo que respeteis
mi voluntad soberana;
yo soy el rey, y mañana
en mi alcázar estareis.

D.^a MARIA. (*Consternada.*) ¡Don Pedro! ¡Tremenda suerte!

REY. (*Con resolucion.*) Pensad que habeis de elegir
entre reinar ó morir.

D.^a MARIA. Pronta estoy: dadme la muerte.

REY. Contradiccion tan violenta
nadie me opuso, señora,
y al hallarla en vos ahora
mas mi pasion se acrecienta;
y aunque mi capricho es ley,
y á todo mi cetro alcanza,
dame un viso de esperanza
y será tu esclavo el rey.
Mas si niegas á mi amor
de tu amor el dulce encanto,
dará mi venganza espanto,
y hará temblar mi furor.
¡Ay de aquellos que se olvidan
que siendo yo el rey don Pedro,
ni de obstáculos me arredro,
ni desdenes me intimidan!...
Hacienda, vida, quietud,
nada al rey negarse puede...

D.^a MARIA. Todo mi lealtad le cede,
á escepcion de mi virtud.

REY. Mi obstinado empeño ves:
de ese corazon tan puro
hazme dueño, y yo te juro

que te alegrarás despues...

Pero que lloras advierto:

¿qué causa, dí, tu afliccion?

D.^a MARIA. De rabia y vergüenza son
estas lágrimas que vierto,
porque á mis ojos me humilla
que haya quien ose pensar
que ser me puede halagar
la rival de la Padilla.

(Despues de una pausa, y postrándose á los pies del Rey.)

Sed, señor, mas generoso:

vedme á vuestros pies rendida,

tomad, si quereis, mi vida;

mas idos...

(Llaman á la puerta de la izquierda.)

¡Cielos! ¡mi esposo!

¡desventurada!

REY. *(En voz baja, pero resuelta, y mostrando la habitacion donde están los demas.)*

Aqui entrar

conviene á mi intento ahora;

mas llegó su última hora

(Señalando á la puerta.)

si lo acierta á sospechar.

(Don Pedro indica con la mano á Roger que éntre con él en la habitacion. Este le sigue recatándose de doña Maria. Llaman de nuevo á la puerta, y Guiomar, que durante la escena anterior habrá estado apartada hácia el fondo, se acerca y abre. Doña Maria se enjuga con presteza las lágrimas, y procura aunque en balde aparentar serenidad.)

ESCENA IV.

DON JUAN DE LA CERDA. DOÑA MARIA. GUIOMAR.

Despues el REY.

D. JUAN. *(Se arroja en los brazos de doña Maria, que se adelanta á recibirle.)*

Al fin á tus brazos llego,

prenda de amor, dulce esposa;

déjame tu mano hermosa

besar con labios de fuego.

(Le besa la mano con vehemencia.)

D.^a MARIA. ¡Don Juan!

(Doña Maria continúa haciendo esfuerzos por disimular; pero aunque don Juan no la advierte, es visible su turbación, y no pudiendo sostenerse, se deja caer en un sillón.)

D. JUAN. Déjame que encante

con tus hechizos mis ojos,

y que temple los enojos

de mi corazón amante.

Cuando al campo de honor voy,

¡cuánto mi pecho padece!

¡que no aliento me parece

cuando á tu lado no estoy!

El mas illustre trofeo

me descontenta y me amarga,

¡y hallo la vida tan larga,

mi amor, cuando no te veo!

D.^a MARIA. *(Con ternura forzada.)*

Descansa á mi lado, ven...

(Aparte, mirando hácia donde está el Rey.)

Me está sofocando el llanto...

¡Qué suplicio!

D. JUAN. *(Se quita el casco, le coloca sobre una mesa, y se sienta en un taburete á los pies de doña Maria.)*

Mi quebranto

ya se disipó, mi bien;

al fin escucho tu voz,

que cual bálsamo suave,

disipar mi penas sabe...

D.^a MARIA. *(Aparte, y mirando siempre á la habitación.)*

¡Ah! ¡qué incertidumbre atroz!

D. JUAN. El dolor del bien que pierdo

por calmar en balde aspiro;

pero vengo aquí, te miro,

y de mi mal no me acuerdo.

Ángel de amor, tú serenas

el rigor de mis tormentos:

son mas dulces tus acentos

que eran amargas mis penas.

D.^a MARIA. *(Aparte.)* ¡Desgraciado! ¡Si supiera!...

(Alto.) De tus hechos el rumor

:

llegó aquí; mas tu valor
¿qué premio del rey espera?
Pues tu fama es ya tan clara,
no te vuelvas á ausentar...

¿Cómo te puede halagar
gloria que cuesta tan cara?

D. JUAN. Contrarias huestes vencí;
fueles mi valor funesto;
pero esa gloria detesto,
porque me aparta de tí.
¿Cuán venturoso á tu lado
me hiciera tu tierno amor!...
mas esclavo es del honor
quien nace noble y soldado.
El tormento de la ausencia
soportar me cuesta mucho,
mas siempre la voz escucho
de mi honor y mi conciencia.
Nunca al rey faltaré, no;
ley de un caballero es esta,
y si la dicha me cuesta,
primero es el rey que yo.

D.^a MARIA. El mostrar tan noble ardor
es bien por un rey humano;
pero es don Pedro un tirano...

D. JUAN. (*Con viveza.*) Que ha nacido mi señor.

D.^a MARIA. Mas por irle á defender
siempre ausente estás de mí...

D. JUAN. Jamás á don Pedro ví,
mas servirle es mi deber.
He nacido su vasallo;
mi padre lo fue del suyo;
que es ley el honrarle arguyo,
y sus desafueros callo.
Yo por tradicion le amé,
mi razon por él no ofusco,
mas sus errores no busco,
que fuera violar mi fé.
Mi ilustre padre al morir,
«noble naciste, me dijo:
»guarda en la memoria, hijo,
»lo que te voy á decir:

»sea para tí eterna ley
 »mi buen nombre no manchar,
 »y á tres cosas fé guardar:
 »tu Dios, tu honor y tu rey.»

Este pensamiento aqui

(*Poniendo la mano sobre el pecho.*)

siempre grabado lo llevo:
 yo á mi rey juzgar no debo,
 que eso á Dios toca y no á mí.

D.^a MARIA. ¿Y si el rey, que asi venera
 tu pecho, mal te premiara?

D. JUAN. Lo mismo le respetara,
 y por él mi vida diera.
 Al rey es obligacion
 el honrar y el sostener;
 cuando cumplo mi deber
 no exijo mas galardón.

D.^a MARIA. ¿Y si el rey correspondiese
 con agravios á tu amor?

D. JUAN. Como con ellos mi honor
 y mi fama no ofendiese,
 callar, sufrir en secreto
 y perdonarle sabria:
 mi afecto le negaria,
 pero nunca mi respeto.

D.^a MARIA. ¿Y si tu infamia labrando,
 mi honra intentase manchar
 y á tí de mi amor privar?

D. JUAN. (*Con mucha exaltacion, y levantándose.*)

Alzára terrible bando,
 olvidara mi lealtad,
 y en alas de un ciego encono,
 yo derrocara ese trono
 de torpeza y liviandad:
 y si al rey llegar pudiera,
 sin mirar su elevacion,
 le arrancara el corazon,
 y mil pedazos lo hiciera.

REV. (*Aparte, asomándose con cautela.*)

Teme que esa furia á tí
 la cabeza no te cueste.

D. JUAN. (*Calmándose.*) Pero, ¿qué delirio es este?

¡Qué insensato frenesí!
 Un monarca no alimenta
 sentimientos tan villanos...
 ¡Yo con su sangre mis manos!...
 ¡No!... (*Horrorizado.*)

D.^a MARIA. (*Viendo al Rey que se oculta al instante, y con voz mal reprimida, escondiendo el rostro entre las manos.*)

¡Gran Dios!

D. JUAN. (*Sorprendido.*) ¿Qué te atormenta?
 ¿por qué tan turbada estás?
 Mi bien, pesar tan agudo
 ¿quién á tí causarte pudo?

D.^a MARIA. (*Con esfuerzo.*) Indispuesta estoy... no mas.

D. JUAN. ¡Jamás tan triste te ví!...
 ¿por qué estás tan alterada?
 ¿lloras? ¿qué tienes?

D.^a MARIA. (*Con abatimiento.*) ¿Yo?... nada..!

D. JUAN. (*Aparte.*) Algun misterio hay aquí
 (*Alto.*) Ya ves mi angustioso afan,
 si alguien agravio te ha hecho,
 dílo, y pasará su pecho
 con este acero don Juan.
 Si aun tu corazon conserva
 la fé que me juró un dia,
 nada me ocultes, Maria,
 que me agravia tu reserva.

D.^a MARIA. (*Se levanta y dice, manifestando hacer un esfuerzo de ánimo.*)

Reprimir no puedo ya
 la pena que me traspasa:
 un hombre entró en esta casa,
 de amor me habló..

D. JUAN. (*Con vehemencia.*) ¿Y dónde está?
 Decidme cuál es su nombre,
 decídmelo, y esta daga
 mi venganza satisfaga...

ESCENA V.

DICHOS. EL REY. Luego JUAN DIENTE. Los tres hombres escondidos. ROGER, que queda embozado junto á la puerta.

(Durante los últimos versos el Rey habrá salido de la habitación, y pasando sin ser visto por detrás de los interlocutores, se hallará en este momento á la izquierda del espectador.)

REY. (Con tranquilidad.)
No os apureis: á ese hombre
teneis delante de vos.

D. JUAN. (Con amarga espresion.)
¡Y á provocarme se atreve!
(Con resolucion, y desenvainando la espada.)
Pues defiéndete, que en breve
irás delante de Dios.

(El Rey dá una palmada: Juan Diente sale con los dos hombres, y entre los tres sujetan por detrás á don Juan, y le desarman.)

D.^a MARIA. ¡Don Juan! (Mirando al Rey.)
¡Infame! ¡Ay de mí!
(Cae desmayada en los brazos de Guiomar.)

D. JUAN. (Con desesperacion.)
¿Qué es esto? ¡Cielos!... ¡Maria!
¡Qué villana alevosía!
¡Cobardes!

REY. (Señalando al pilar.) Atadle allí.
(Lo llevan al pilar y lo atan. Esta operacion debe ejecutarse con prontitud. Don Juan lucha y forcegea, pero cede al número.)

D. JUAN. ¡Ah! matadme... de esa suerte
no veré mi deshonor...
(Despues de atado se apartan.)
pero no teneis valor
ni aun para darme la muerte.
(Hablando consigo mismo.)

REY. ¡A traicion! ¿Cuándo en Castilla?...
 (*A Juan Diente.*)
 Ahora á esa dama llevad:
 sigilo, celeridad,
 y á galope hasta Sevilla.
 (*Dos hombres ayudan á Guiomar á sacar á doña Maria,
 y se van todos.*)

ESCENA VI.

DON JUAN, *solo y con el abatimiento del pesar.*

¡Detente!... ¡escucha!... ¡vuelve por piedad!...
 ¡mira que mi existencia es mi Maria!...
 No me oye... y entenderme no podria
 quien es capáz de tanta liviandad...

(*Animándose.*)

¡Ante mi vista!... ¡aquí!... ¡qué iniquidad!
 ¡qué mancha atroz para la sangre mia!...
 mas si Dios su justicia al suelo envia,
 no ha de quedar impune tu maldad.

(*Con delirio.*)

Aunque seas noble, aunque te escude un trono,
 yo dejaré mi agravio satisfecho,
 siendo igual mi venganza á mi baldon...
 Yo te hallaré para saciar mi encono,
 beber tu sangre, destrozar tu pecho,
 y hacer pedazos mil tu corazon.

(*Despues de una pausa.*)

¡Ah! si libre me hallara,
 en pos de ese villano correria:
 acaso le alcanzara,
 y esta horribleagonia
 con su sangre tal vez se aplacaria...
 (*Forcegea aunque en balde por sollarse.*)

Mas, ¡ay de mí! estos lazos,
 cual si fuera un infame delincuente,
 encadenan mis brazos...

(*Con desesperacion.*)

Si romperlos pudiera...

¿Mas, para qué vivir? mejor mi frente
será con esta piedra hacer pedazos...

Pero, ¡ah! la muerte sin lavar mi injuria,
muerte afrentosa fuera:

quiero vivir hasta saciar mi furia...

véngame del traidor, y al punto muera...

(Haciendo el último esfuerzo por soltarse.)

¡Imposible!... ¡Gran Dios!... Si mis criados...

¡Ah! ¡loco estoy! ¡qué mísera existencia!

(Llamando.)

¡Alvar! ¡Nuño! ¡Fortun! ¡Con qué violencia
me late el corazón! Mi sangre hierve...

Pero nadie me escucha... ¡qué tormento!

(Desfalleciendo.)

No puedo mas... me falta ya el aliento.

(Cae desmayado contra el pilar.)

ESCENA VII.

ROGER. DON JUAN.

ROGER. *(Vuelve por donde salieron todos, sin capa y lujosamente vestido.)*

Lejos están y obligación es mia
venir aquí, don Juan, á consolarte...

Pero no me responde...

(Le desata, sostiene y coloca en un sillón que habrá cerca.)

Un sudor frío
su frente baña, y pálido el semblante
y fuera de las órbitas los ojos,
son de su interno afán claras señales...
No pudo resistir, que un pecho noble
de infamia tanta con razón se abate,
y el ver su humillación debió sin duda
turbar su mente y alterar su sangre.

(Llamándole.)

¡Don Juan! libre estais ya... Mas no me escucha;

(Poniéndole la mano en el pecho.)

su herido corazón apenas late...

(*Con amargura.*)

¿Son estos, rey don Pedro, tus trofeos?
 ¿Son estos de un monarca los afanes?...
 ¡Y que un hombre que tanto se envilece,
 rija un gran pueblo y su señor se llame!
 ¡No es bien á quien por tí su vida espone,
 con vilipendio y con baldon pagarle!
 ¿Piensas que para dar á tus vasallos
 en vez de recompensa indigno ultraje,
 te disculpa ser rey? No: tus deberes
 mas altos son porque nacistes grande.

D. JUAN. (*Volviendo en sí.*)

¡Ay de mí!

ROGER.

Ya en sí vuelve, y pues ignora
 quién es el ofensor, fuerza es que calle
 su nombre yo, pues temo que al saberlo
 la ira, el pesar, la indignacion le acaben.

¡Don Juan! volved en vos... tranquilizaos.

D. JUAN. (*Sin reparar en Roger.*)

¡Ah! ¡presenciar su afrenta y no vengarse!

(*Saliendo del éxtasis.*)

Pero alguien me llamaba...

ROGER.

Sí: yo era,
 que aqui he venido por calmar tus males.

D. JUAN. (*Con sorpresa.*)

¡Tú aquí, Roger! Desde tu tierna infancia
 siempre te amé con el amor de un padre:
 tú fuiste mi consuelo... mas ahora
 el verte me contrista: tú no sabes
 cuántos tormentos ¡ay! cuántas angustias
 mi destrozado corazon combaten;
 y el recuerdo de un crimen, mi desdicha,
 mi afrenta, mi rencor... tantos pesares
 aun mas amargos son cuando en tí miro
 de la inocencia y del honor la imágen.

ROGER.

Con dar nuevo alimento á tu desdicha
 no tu esforzado espíritu desmaye.
 Siendo tu esposa tan constante y pura,
 de tu honor el peligro no es tan grande...
 No temas, no; si escuchas mis palabras
 y sosiegas tu pecho delirante,
 pronto recobrarás el bien supremo

que pudo la maldad arrebatarte...

Calma tu corazon, y tu honra fia
de una pureza que envidiára un ángel.

D. JUAN. ¡Qué escucho! si comprendes mi delirio,
fuerza es, Roger, que de mi mal te apiades:
ten compasion de mí; mira mi angustia,
y mi esperanza y mi ilusion no engañes.

ROGER. Yo jamás engañé... si á tí lo hiciera,
cuando la mano del pesar te abate,
fuera un villano yo. Nunca en el mundo
conocí mas familia, ni mas padres
que á tí, que en el sendero de la vida
de vicio y mal supiste preservarme.
Son los únicos timbres que poseo
mi espada y mi pasion por los combates:
en obrar con honor cifro mi gloria:
no tengo otro blason ni otro linage...
Pero sé amar y agradecer, y nunca
se borran de mi mente tus bondades.
Si alguna vez la gratitud ardiente
probar quisieres que en mi pecho cabe,
díme que muera, y me verás al punto
por tí, gozoso, derramar mi sangre.

D. JUAN. ¡Qué noble corazon!... ¡Ah! sí, perdona,
si con mi duda te ofendí un instante...
Mas, si me amas, Roger, dí, ¿cómo puedo
seguir las huellas del raptor infame?

ROGER. Vé mañana al alcázar de Sevilla,
y yo te juro que podrás hallarle.

D. JUAN. ¡Un cortesano vil! ¡el Rey acaso!...
¡Qué duda atroz el corazon me parte!

(*Con vehemencia.*)

A ese traidor que mi deshonra quiso,
¿le conoces, Roger? ¿puedes nombrarle?

ROGER. Conozco á tu ofensor.

D. JUAN. Dime su nombre,
si en verme así penar no te complaces.

ROGER. No puedo revelarlo.

D. JUAN. ¡A mí no puedes!...

¿Y qué podrás decir por disculparte
de ocultar ese nombre aborrecido?

ROGER. Que tengo honor, y que ofrecí callarle.

D. JUAN. Pues bien, Roger, conozco de tu alma
y de tu honor la fuerza incontrastable,
y sé que mis palabras y mis ruegos
contra tanta virtud fueran en balde...
Pero escúchame atento: en breve espacio
corro á Sevilla á castigar mi ultraje,
y ó vuelvo aqui con mi adorada esposa,
ó quedará en Sevilla mi cadáver.
A don Pedro, mi rey, veré mañana,
porque pretendo en tan terrible trance
que el rayo aterrador de su justicia
vengue mi afrenta, ó con su luz me abrase.

(*Roger se estremece.*)

Tú á don Pedro conoces, y ya entiendes
que puedo allí morir... mas debo antes
el misterio que envuelve tu existencia,
jóven desventurado, revelarte...
Padre tienes, Roger, padre en Castilla,
de pingüe estado y generosa sangre.
Mañana de Sevilla en el alcázar
podrás entre tus brazos estrecharle,
y él mismo te dirá por qué no puede
del hijo á quien adora hacer alarde.

ROGER. (*Enagenado.*)

¡Ah! ¡tengo padre!... la piedad divina
no abandona jamás á los mortales...
Mi júbilo es tan grande que parece
que de su centro el corazón se sale...
¡Tengo padre! ¡Gran Dios! ¡Oh! ¡qué ventura
cuando á sus plantas le respete y ame;
cuando me dé de hijo el dulce nombre
que yo nunca escuché; cuando al mirarme
no desmentir jamás su sangre ilustre,
y cual noble portarme en los combates,
con un acento solo, una mirada,
me quiera el premio dar de mis afanes.

D. JUAN. Digno es tu corazón de tal ventura.

ROGER. (*Con viveza.*)

Ven á Sevilla, ven, don Juan, no tardes:
para tu esposa que oprimida gime,
es un siglo de pena cada instante:
allí, don Juan, concertaremos juntos

la ocasion y los medios de vengarte,
y de tu esposa admirarás conmigo
el noble esfuerzo y la virtud constante.

D. JUAN. (*Adelantándose.*)

Ven , tú tambien verás cuántos tesoros
de amor encierra el corazon de un padre.

(*Se van abrazados por la puerta de la izquierda.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.



Salon de Embajadores del alcázar de Sevilla : trono en medio : puerta secreta á un lado en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

(La escena está llena de personas que aguardan al Rey: algunos caballeros armados, prelados, magnates, palaciegos de baja esfera que afectan modales cortesanos. Todos hablan en diferentes grupos, pero sin confundirse aquellos con los últimos. En los extremos del salon y á ambos lados del trono hombres de armas y maceros.)

El obispo D. NUÑO y ROGER conversan recatadamente á un lado del teatro.

D. Nuño. ¡Ah Roger! cuando miro tanta mengua se oprime y se contrista el pecho mio.
¿Dónde está la nobleza castellana que de este alcázar regio ausente miro?...
Cuando dejé la corte hace diez años, gobernaba á Castilla aquel invicto rey don Alonso, que tan grandes ecos dejó á la fama de su ardiente brio.
Entonces la nobleza castellana prestaba al trono robustez y brillo, y grandes é infanzones le cercaban de claro nombre y corazon altivo...
¡Qué diferencia! ¡Oh Dios!...

(Señalando con desprecio á un grupo.)

¡Cuántos semblantes
que el viento de este alcázar ha engreído!
Hombres sin fé, postrados ante el fuerte,
y con el débil de insolencia henchidos.

¡Qué necia vanidad!...

ROGER. (Con temor.) Por Dios, mas bajo,
porque observando estan; y si un indicio
llegaran á tener de esas palabras,
corriera vuestra vida gran peligro,
sin que el santo caracter os librase
de que os hallais, don Nuño, revestido...
No conoceis al rey... A los villanos
encumbra porque halagan sus caprichos;
tiraniza á las gentes de alta cuna
porque ve en cada noble un enemigo,
y en su propio palacio los confunde
con esa turba vil de advenedizos...
¡No conoceis al rey!... Víctimas solo
anhela hallar su pecho empedernido,
y mientras son mas altas, mas se goza
en derramar su sangre: los servicios,
la dignidad, la cuna, ante sus ojos
nada son, y ¡ay! si piensa que ofendido
pudo ser por un noble... ¡Desgraciado!
para él no hay ya ni tribunal ni juicio:
el veneno, el puñal... muerte secreta,
ese es, don Nuño, su menor castigo.

D. Nuño. Ya de Aviñon en la sagrada corte
la condicion indómita supimos
del bárbaro monarca que se goza
no en ser del pueblo juez, sino asesino,
que prelados y príncipes oprime,
y hollando de Inocencio el entredicho,
ni los avisos de la iglesia escucha,
ni acata del altar á los ministros...
¿Y quiénes son, Roger, los que ahora gozan
del reino y de su casa los oficios,
los maestrazgos, la cámara?...

ROGER. Los deudos
de esa insigne beldad, á cuyo hechizo
el corazon de acero del monarca

quedó por siempre á su pesar rendido.

D. NUÑO. ¿Con que es esa beldad tan celebrada,
esa Padilla, cuyo amor indigno
cautiva al rey, la causa de los males
que serán de Castilla el esterminio?

ROGER. Don Nuño, os engañais: que ella reinase
en un alma tan dura el cielo quiso
para amansar, por nuestro bien, la saña
de ese airado leon; mas corrompido
nunca su pecho fué: viles amaños
vencieron ¡ay! su corazon sencillo,
su corta edad, la intriga, y aun acaso
el influjo fatal de su destino.

Y no penseis que con astutos artes
encadenó del rey el albedrío;
no; bastóle su amor, y nunca tuvo
ni otra fascinacion ni otro artificio
que ese candor angélico, esas gracias
que avasallan el alma y los sentidos.

D. NUÑO. ¿Y de don Pedro el almatan sañuda
es constante á ese amor?

ROGER. Siempre ha vivido

en un mar de pasiones que pasaban
cual pasar suele el viento de un capricho.

El amor para el alma de don Pedro
fue solo un pasajero desvarío;
pero vió á la Padilla, y de sus gracias
quedó sujeto al mágico atractivo...

Sí, don Nuño, la amó, tal vez la ama,
mas no con un amor eterno, activo.

no con la fé que purifica el alma,
que torna al hombre un Dios, y adormecido
le hace vivir felicidad soñando
hasta exhalar el último suspiro.

D. NUÑO. Pues bien, si el rey ni aun la constancia tiene
que disculpar pudiera su extravío,
¿cómo virtud ni honor habrá en Castilla
que esté de sus pasiones al abrigo?

ROGER. (*Con misterio.*)

Si supiéseis, don Nuño, de este alcázar,
mansion de la impureza y de los vicios,
las escenas de horror, los torpes hechos,

los crímenes!...

(*Bajando la voz.*) Oid... anoche mismo
por bárbaros sayones arrastrada
llegó aquí una muger... Sí, yo la he visto
de su hogar arrancada y de los brazos
de su esposo infeliz: yo ví el martirio
de aquel desventurado que miraba
su dicha á un tiempo y su blason perdidos...
¡Ah, cuánto padeció! y él ignoraba
que era su rey el ofensor inicuo
que ultrajaba su honor...

D. Nuño.

Pues á su esposa,

Roger, que libertemos es preciso;
aunque el rey sea el opresor injusto,
Dios nos manda amparar al desvalido.
Tal vez para que salga del palacio
medio podreis hallar, y yo un asilo
le daré en un sagrado monasterio
de que patrono soy: allí escondido
el secreto estará de su existencia
de ese tirano vil á los esbirros;
y á esa infeliz la amparará el misterio,
aun cuando no la santidad del sitio.
(*Roger manifesta asentimiento y gozo.*)
¿Y qué, podreis salvarla?

ROGER.

Sí; aunque en ello

hiciera de mi vida el sacrificio,
yo la libentaré... y ¡oh, si pudiera
vengar, don Nuño, tan atroz delito!

D. Nuño. No temais, no, que á súbditos y á reyes
les dará Dios el galardón debido...
Vos salvadla y no más: el cielo santo
para tan noble acción os dé su auxilio.

ESCENA II.

DICHOS. D. JUAN DE LA CERDA.

D. Juan con sobreveste roja y banda de oro entra en el salón, y con aire abstraído observa uno por uno á varios cortesanos que se apartan mirándole con sorpresa.

D. JUAN. (*Aparte mirando á uno.*)

Este no es...

(*Acercándose á mirar á otro que está detras de un grupo.*)

Tampoco. ¡Ah!

no está aquí...

CORTES. 1.º (*A otro en voz baja.*) ¿Sabeis quién es ese que tan descortés observándonos está?

CORTES. 2.º Lo ignoro; pero arrogante y singular es su porte.

CORTES. 1.º ¿Y cómo viene á la corte con ese torvo semblante?

(*En tono de amenaza.*)

Pues si no enfrenara un poco mi cólera este lugar, yo su insolente mirar...

CORTES. 2.º Dejadle; parece un loco.

D. JUAN. (*Al ver á Roger, se va á él con presteza y le dice en voz baja.*)

Me engañaste... no está aquí

ROGER.

Muy en breve le vereis;

mas, don Juan, no os altereis;

y ese ciego frenesí

que os agita desde ayer

no perturbe vuestra mente,

que todo, si sois prudente,

remedio podrá tener.

Si al ver al que os ofendió

lograis el rencor calmar,

vuestra esposa recobrar

podreis: os lo afirmo yo.

Y en hallando el bien perdido

adónde alcanza la paciencia mia.

(*Se sienta en el trono.*)

D. JUAN. Sí; lo oirás: ante tu trono erguido
no esperes, no, que mi valor desista;
que ya no puede un trono envilecido
sellar mi labio ni ofuscar mi vista.
Noble soy; mis mayores de heroismo
y de ardiente lealtad fueron dechado...
Siempre los imité, y ¡ay! ayer mismo
por vos mi sangre toda hubiera dado...
Mas ya ante vos mi frente no se humilla;
que en quien osa á mi honor hacer ultraje,
ya no miro al monarca de Castilla,
sino al raptor que afrenta mi linage.
Yo era dichoso, y en mi hogar tranquilo
de una muger con el amor vivia;
mas vino un hombre á profanar mi asilo,
y el bien me arrebató que allí tenia.

(*A los cortesanos.*)

El que ocupa ese trono es quien me ofende,
quien á mi honor y al de mi esposa atenta...
Sabedlo, pues, que mi furor pretende
lucir su hazaña y consumir mi afrenta.

(*Al Rey.*)

¿Quién me dijera á mí cuando allá un día
en Algeciras combatiendo al moro,
vuestro padre en la lid me concedia
en premio á mi valor la banda de oro?
¿Quién, ingrato monarca, me dijera,
de las contrarias huestes siendo estrago,
que al llegar á tus plantas recibiera
por tanto padecer tan triste pago?
Con toda la lealtad yo te he servido
que abrigar puede el corazon de un hombre;
por mí está el moro á tu poder rendido;
por mí respeta el Aragon tu nombre.
Los servicios de un noble no eran vanos
cuando el rey, vuestro padre, nos regia,
y con modos y trazas de villanos
jamás á la beldad se perseguia...
Perder un servidor y un buen soldado
lograste solo con accion tan fea.

Por mi esposa infeliz serás odiado,
 sin que tu amor ni aun escuchado sea.
 Tu obstinacion con ella será vana,
 que tiene su virtud temple de acero,
 y antes de hallarla fragil ó liviana
 morir mil veces la verás primero.
 Yo bien sé que mi furia embravecida
 no alcanza del dosel á las esferas;
 pero ¡ay de tí, don Pedro! ¡ay de tu vida!
 si de rey á ser hombre descendieras.

(D. Pedro hace un movimiento de impaciencia.)

Te hablo asi porque es hoy morir mi estrella:
 no vine aqui para implorar mercedes;
 vine á buscar la muerte, porque es ella
 la mas alta merced que hacerme puedes.

REY.

Sí: pagarás tu temerario arrojo;
 halle la muerte quien la muerte busca:
 quiero enseñarte á respetar mi enojo,
 pues que el brillo del trono no te ofusca.
 Mudo de asombro estoy: con valor tanto
 nadie exaltó mi cólera tremenda;
 mas mi venganza al orbe dará espanto.

(A los maceros.)

Llevalle á un calabozo donde aprenda
 que el Hacedor en sus eternas leyes
 brazo de su poder hizo á los reyes.

(Los maceros se llevan con prontitud á don Juan: el Rey
 baja del trono, y al salir se postra á sus plantas don Nuño.)

D. NUÑO. Señor, si tan justo enojo
 aun os consiente el oír
 de la razon los acentos,
 á un anciano permitid
 que postrado á vuestras plantas
 implore de ese infeliz
 el perdon: él os amaba;
 por vos derramó en la lid
 su sangre; de lealtad pura
 os ha dado pruebas mil:
 un momento de demencia,
 solo un ciego frenesí
 la lealtad de tantos años
 pudo hacerle desmentir...

Sed, don Pedro, generoso,
y esta ofensa remitid,
que es la clemencia en los reyes
alto don, prenda feliz
con que imitan en la tierra
de Dios la bondad sin fin.

REY. (*Aparte.*) La impaciencia y el despecho
me conviene reprimir,
que acaso de mis deseos
pueda retardar el fin
que entienda doña Maria
que su esposo va á morir.
(*Alto.*) Levanta, prelado ilustre;
por vuestros labios oí
la voz del cielo, y no es dado
á su impulso resistir...
La vida de ese vasallo
perdono.

D. NUÑO. (*Arrojándose á sus pies.*) ¡Oh Dios! Permitid...

REY. Basta, don Nuño, os dispenso
de darme gracias...
(*A los cortesanos.*) Salid.

(*Todos salen, y solo quedan en la escena el Rey, Roger y un cortesano apartado á un lado del teatro.*)

ESCENA IV.

EL REY. CORTESANO 1.º ROGER.

CORTESANO. (*Al Rey en voz baja, pero decidida.*)
¿Estais en vos, rey don Pedro?
¿en vuestra presencia... aqui...
de la magestad los fueros
insulta con lengua vil
un insensato, un rebelde,
y vos le dejais vivir!!!

REY. (*Con frialdad.*) Impórtame que se diga
que la vida concedí
á don Juan;... mas si tal pudo
á mi intento convenir, (*Con intencion.*)
no temas, que viven poco
los hombres que hablan asi.

ESCENA V.

ROGER *solo.*

Nada escuché... ¿Qué diría?
¡Él perdonar!... ¡imposible!
De un tigre la saña horrible
en sus ojos relucia...
¡Y le sirvo!... suerte impia!
le sirvo... Si no tuviera
la esperanza lisonjera
de que aquí mismo he de ver
al hombre á quien debo el ser,
hoy de este alcázar huyera.
Veré á mi padre, ¡oh ventura!
¡yo que mi horfandad lloraba,
y no ha mucho me juzgaba
tan aislada criatura!
De la paternal ternura
en vez del supremo bien,
indiferencia ó desden
solo el mundo me ofrecia...
Para calmar mi agonía,
ansiado momento, ven.
En este alcázar impío,
de maldad é infamia centro,
ningun corazon encuentro
que responder sepa al mio;
y bajo un techo sombrío
que me abrumba sin cesar,
miro los años pasar
de mi juventud florida...
¡ay! ¡la aurora de la vida
es la aurora del pesar!
Sin nombre, ni hogar, ni cuna,
viviendo á merced agena,
todo mi vida envenena,
y aun la gloria me importuna.
Aunque brille mi fortuna,
si no hay un nombre detras

soy un huérfano, y no mas;
 y hay en mi pecho un vacío,
 que amor, gloria, poderío
 no pueden llenar jamás...
 ¿Mas cómo me asalta el llanto,
 y de placer no deliro
 cuando tan cercano miro
 momento que ansiaba tanto?
 ¿Cómo aun dura mi quebranto?
 No es de gozo, es de aflicción
 la secreta agitación
 que dentro del alma siento,
 y un fatal presentimiento
 me devora el corazón.
 Y para colmar mi mal
 y hacerme perder la calma,
 abrasándome está el alma
 una pasión criminal.
 Sal ¡ay! de mi pecho, sal,
 indigno y funesto amor,
 que aunque mi encanto mayor,
 vas mi vida devorando,
 porque te están condenando
 deber, gratitud y honor.
 (*Después de una pausa.*)
 Mas no... el fuego no acrimino
 que encendió tanta beldad;
 yo no tuve voluntad,
 y el amor fue mi destino.
 Tu imagen, ángel divino,
 está en mi pecho esculpida,
 y tenaz, si combatida,
 esta terrible pasión
 no saldrá del corazón
 sin que salga con la vida. (*Pausa.*)
 ¡Pero qué oprobio! ¡Maria
 pérfidamente arrastrada
 á un palacio donde moran
 la corrupción y la infamia!...
 Bien sé que indignos halagos
 no rendirán su constancia,
 y que á luz que tanto brilla

la violencia no la apaga;
 mas de una muger la honra
 es una flor delicada
 cuyo aroma desvanecen
 las paredes de este alcázar,
 y es forzoso que esta noche
 de mansion tan triste salga,
 si no ha de empañar su lustre
 la calumnia envenenada.
 Yo frustraré el vil intento..

ESCENA VI.

ROGER. UN BALLESTERO.

ROGER. (*Viendo entrar al Ballestero.*)
 ¿Adónde vas?

BALLESTERO. Os buscaba.
 Un hombre desconocido
 para vos me dió esta carta,
 diciendo que os la entregase
 cuando á solas os hallara.

ROGER. Bien está: dejadme solo.

BALLESTERO. Quedad con Dios.

ROGER. Con vos vaya.

ESCENA VII.

ROGER. *Despues* EL REY y JUAN DIENTE.

ROGER. (*Desarrollando el pergamino.*)
 ¿De quién podrá ser? ¡la letra
 está por Dios mal trazada!...
 A no dudarlo, la mano
 del que la escribió temblaba.
 (*Lee enterneciéndose.*)

«El abandono en que te he dejado desde tu niñez ha sido solo aparente. Yo fuí la mano invisible que cuidé de darte educacion y estado en la casa del rey: siempre he tenido los ojos en tí, y tu ventura ha sido el primer pensamiento de

mi vida. Al ver tu gallardía en los combates, al observar la condicion generosa de tu alma noble y elevada, ¡cuánta violencia he tenido que hacerme para no estrecharte entre mis brazos, y llamarte mi hijo y hacer público alarde de tus virtudes! Pero razones poderosas exigen que tu nacimiento sea un misterio impenetrable. Yo amé en mis primeros años á una hermana del rey: tú fuiste el fruto de nuestro tierno amor, y tu madre espiró al darte á luz; pero por mas que la naturaleza disculpe tu origen, la sangre real que circula en tus venas seria un crimen imperdonable á los ojos del bárbaro don Pedro, el perseguidor inexorable de su familia. Acaso debiera esconder todavia en el pecho este secreto; pero ya comprendes que no tengo segura la cabeza en los hombros, y no quisiera morir sin que me conocieses antes. Perdona, hijo mio, el silencio que he guardado hasta ahora, que si ha sido amargo para tí, aun mas lo ha sido todavia para el corazon de tu padre.—D. Juan de la Cerda.»

(Con pasmo y entusiasmo.)

¡Cielos! ¡don Juan de la Cerda!
lo estoy viendo, y no lo creo...

¡Esta es su firma, y aun dudo
si estoy soñando ó despierto!

¡Ademas de hallar á un padre,
hallar á un padre tan bueno!

Al saber quien soy ahora
con nuevo valor me siento:

yo sabré, guerrero ilustre,
siguiendo tu noble ejemplo,

cumplir las obligaciones

que á Dios y á mi sangre debo;

y pues te amagan las iras

del vengativo don Pedro...

(El Rey y Juan Diente entran por la izquierda.)

Pero aqui llega: esconderme

tras este dosel intento,

porque en mis ojos no lea

la turbacion de mi pecho.

(Se esconde precipitadamente detras del dosel.)

JUAN DIENT. *(Hablando recatadamente con el Rey.)*

Advertid que yo no basto,

señor á tan grande empeño,

que es don Juan muy esforzado,

- y si acaso el golpe yerro...
- ROGER. (*Aparte.*) ¿Qué es lo que dice? ¡don Juan!
Si será mi padre, ¡cielos!
- REY. Pues si no bastas, escoge
cuatro de mis ballesteros,
Diego Perez, Garci-Diaz
Ferrandez, Gonzalo-Recio...
Cuando pase media hora;
en los jardines estensos
de este alcázar, hácia el lado
en donde está mi aposento,
de una corneta de monte
resonará sordo el eco:
esa será la señal,
y en oyéndola, al momento
mis mandatos ejecutas
sin titubear, y luego
con igual señal me avisas
de que ya estan satisfechos.
¿Entiendes cuanto te he dicho?
- JUAN DIENT. Entiendo, señor, entiendo.
- REY. Pues si lo entiendes, cuidado
que ni una voz ni un acento
hoy de tus labios se escape;
porque importa á mis intentos
que cuando acuerden los suyos
esté el de la Cerda muerto. (*Se va el Rey.*)

ESCENA VIII.

JUAN DIENTE. *Despues* ROGER.

- JUAN DIENT. ¡Siempre sangre! ya me cansa
la vida que estoy haciendo;...
pero don Pedro es el rey,
yo replicarle no puedo,
y si es malo lo que manda
él sus cuentas dará al cielo.
(*Sale Roger sin ser visto, y se halla detras de Juan Diente,
al cual da una palmada en el hombro.*)

- ROGER. *(En voz baja, pero con decision.)*
Te engañas, que á tí tambien
los horrores del infierno
te alcanzarán, vil verdugo,
si ejecutas sus intentos.
- JUAN DIENT. *(Un poco sorprendido y aparte.)*
¿Por dónde ha entrado este hombre?
(Alto.) ¿Y qué me quereis con eso
decir?
- ROGER. Responde, villano,
¿qué te ha ordenado don Pedro?
- JUAN DIENT. Lo que saber no os importa.
¿Ignorais que mudo y ciego
debe ser quien sirve al rey?
- ROGER. ¿Sabes que un crimen horrendo
aqui cometer se intenta,
y no te asusta, perverso,
de tan espantoso crimen
ser el infame instrumento!
- JUAN DIENT. Palabras vanas decís:
de vidas y haciendas dueño
es el rey, y de su estado
Dios le encomienda el gobierno:
yo respeto su justicia,
y á examinar no me meto
si bien ó mal la reparte,
ni si es blando ó justiciero.
Nunca me paro á juzgarle,
y únicamente comprendo
que él es señor, yo vasallo,
que él me manda y yo obedezco.
- ROGER. Pues oye: si tiene el oro
en tu corazon imperio,
si quieres ser algo mas
que un humilde balletero,
salva por Dios á don Juan;
sálvale, y yo te prometo
darte riquezas tan grandes,
que en algun vecino reino
puedas sin temor tu vida
pasar feliz y opulento.
- JUAN DIENT. No os canseis: nació en Castilla:

aquí mis padres murieron:
también morir pienso en ella...
¿Pero qué digo?... mas quiero
ser en Castilla mendigo,
que príncipe de ella lejos.

(Después de una pausa.)

¿Y qué, tanto os interesa
este asunto?

ROGER.

El universo
es ¡ay! don Juan para mí:
por él tranquilo, contento,
mi felicidad, mi vida...
¿mas qué es una vida?... ciento
que tuviera perdería...

¡Ah! si no bastan mis ruegos,
si tu pecho no se ablanda
con este llanto que vierto,
de verme á tus pies postrado,

(Hinca la rodilla.)

Juan Diente, no me avergüenzo:
salva á don Juan de la muerte,
y tú mismo escoge el premio;...
y si el dar vida por vida
puede saciar de tu dueño
el alma terrible, hiere,
no tardes, hé aquí mi pecho.

JUAN DIENT. *(Apurado.)* Levantad... ¿vos á mis plantas?
¿Que estais delirando creo!

(Se alza Roger.)

Siempre os he visto brioso
en batallas y en torneos,
y de serviros me holgara
que aficion y ley os tengo;
pero pedidme otra cosa,
y aunque espuesta vaya en ello
mi sangre, contad conmigo
que derramarla no temo...
Mas despreciar la justicia
del rey, burlar sus preceptos,
y ser traidor y engañarle,

(Se dirige á la puerta.)

no; no me es posible hacerlo.

ROGER. ¡Escucha!

JUAN DIENT.

No: nada escucho. (*Vase.*)

ESCENA IX.

ROGER. (*Solo.*)

¿A qué le llamo?... ¡Es de acero
 su corazón!... ¡qué dureza!
 ¡Pero de qué me sorprende
 si busca tigres, no hombres,
 para cómplices don Pedro!
 Mucho fascina el dosel,
 mucho es el poder del cetro,
 ¡cuando en almas tan feroces
 tanta lealtad tiene asiento!..
 Pero es condición del vulgo
 mostrar viciosos extremos;
 la sumisión de un esclavo,
 de un rebelde el desafuero:
 No importa... dos nobles causas
 hoy pone á mi cargo el cielo:
 libertar á una inocente,
 y á un padre salvar pretendo...
 (*Pausa.*) ¿Mas qué haré?... ¿de tantos males
 cómo encontrar el remedio?
 Yo, simple doncel del Rey,
 en balde á esperar me atrevo
 que en contra de sus mandatos
 escuche nadie mi acento:
 ¡Mi valor, mi espada ahora
 qué sirven, cuando hay inmensos
 obstáculos que no vencen
 ni las armas, ni el esfuerzo!
 ¿Sobre el ánimo del rey
 quién puede tener imperio
 que baste á poner estorbos
 á esa voluntad de hierro?
 (*Como recordando.*)
 ¿Mas qué digo?...

La Padilla...

Sí: generoso es su pecho
 y comprenderá las ansias
 y el pesar que estoy sufriendo:
 ella salvará á mi padre,
 si hay de salvarle algun medio;
 y en sabiendo que Maria
 gime en este alcázar regio,
 y teme mas que la muerte
 la afrenta y el vilipendio...

Mas no... mejor es que ignore
 su virtud y heróico aliento...

Prudencia, Roger, que es fuerza
 en tan contrarios sucesos,
 lo que no cortan las armas
 que lo desate el ingenio...

Una rival mire en ella
 en el amor de don Pedro:
 este medio es mas seguro
 para verla de aqui lejos,
 pues lo que no haga mi espada,
 sin duda lo harán sus celos...

No hay que perder un instante
 para correr á su encuentro,
 y hablarle...

(Va á salir y se detiene al verla venir.)

Pero á esta estancia
 sus pasos dirige el cielo.

ESCENA X.

ROGER. LA PADILLA, y despues una DUENA.

PADILLA. *(Advirtiendo la emocion de Roger.)*

¿Qué causa tu agitacion?
 ¿qué agudo pesar traspasa
 hoy, Roger, tu corazon?

ROGER. Si viéseis lo que en él pasa
 me tuviérais compasion.

PADILLA. ¿A tí? ¿cómo á quien previene
 tal porvenir la fortuna,
 la mano á oprimirle viene

de la afliccion importuna?
 ¡Penas tú!...

- ROGER. ¿Quién no las tiene?
 PADILLA. Dice bien. (*Aparte.*)
 ROGER. Y yo, señora,
 que no las tuve en mi vida,
 tan graves las siento ahora
 que tengo el alma partida
 del pesar que me devora.
- PADILLA. Pues dímelas sin temor:
 yo que tambien las abrigo
 de la vida en el albor,
 si no alivio tu dolor,
 lloraré al menos contigo.
- ROGER. Sí, le podeis aliviar,
 por eso favor os pido;
 aunque es en balde implorar
 á quien fué del desvalido
 siempre el ángel tutelar.
- PADILLA. ¿Cuál es el pesar que así
 tan amarga hace tu suerte?
 ¿qué riesgo te amaga, dí?
- ROGER. Ninguno, señora, á mí;
 pero á mi padre la muerte.
- PADILLA. ¡Cómo, tu padre!
 ROGER. Sí: el ser
 debo á don Juan de la Cerda,
 y va á hacerle perecer...
- PADILLA. ¿Quién?..
 ROGER. El rey.
- PADILLA. Basta, Roger;
 que ni un momento se pierda;
 veré al rey sin dilacion:
 yo ablandaré con mi llanto
 su sañuda condicion,
 y pienso rogarle tanto,
 que alcance al fin su perdon.
- ROGER. Corred, señora, volad:
 no perdamos mas espacio:
 ved á don Pedro y...
- PADILLA. (*Viendo á una dueña, que se detiene por respeto.*)
 Entrad.

¿Qué hay? ¿El rey?...

DUEÑA. No está en palacio,
señora.

ROGER. (*Con desesperacion.*) ¡Fatalidad!

DUEÑA. Y aqui á deciros me envia
que asunto por demas grave
le ocupa, y que en todo el dia
no podrá veros.

PADILLA. (*Aparte.*) ¡Quién sabe
lo que de mí le desvia!
(*Alto.*) ¡Ay, Leonor! que ya el imperio
en su corazon perdí:
¡cuándo motivo tan sério
tuvo de dejarme así!..
¡Y sin verme y con misterio!
Que ya se entibia su amor
de esos pretestos colijo:
pensarlo me causa horror...

DUEÑA. ¿Y estaba triste, Leonor?
¿Por dónde fué?.. ¿qué te dijo?
Me habló con rostro severo:
luego ví que conversaba
con Juan Diente, el balletero,
y algo despues se alejaba
del jardin por un sendero. (*Vase.*)

PADILLA. ¡Ay, Dios! qué pensar no sé:
la tierna aficion no es esta
con que mostraba su fé...
¡Ay! de mi pasion funesta
víctima al fin moriré... (*Llora.*)

ROGER. (*Aparte.*) En una horrible prision
mi padre y su esposa ¡cielos!
No perdamos la ocasion
de hablarle de ella: los celos
asalten su corazon.

(*Alto.*) Y no solo por don Juan
pido: su esposa, señora,
objeto es del tierno afan
de don Pedro que la adora,
y ambos en palacio están.

PADILLA. (*Con vehemencia.*) En palacio otra muger
que ama don Pedro: ¡oh furor!..

- Pero no, no puede ser:
dí que te ciega el dolor
ó que me engañas, Roger.
- ROGER. Jamás engañó mi labio...
A esa infeliz libertad;
que no es su culpa en verdad,
si pudo haceros agravio
con su funesta beldad.
- PADILLA. ¡Desgraciada! ¡y le amo tanto!...
- ROGER. Pues bien, si á alejar se alcanza
de sus ojos el encanto,
podreis burlar su esperanza
y calmar vuestro quebranto.
Nada teneis que temer:
de la noche en el misterio
fácil cosa puede ser
conducirla á un monasterio
donde él no la vuelva á ver.
Pero es lo que importa ahora
dar á mi padre favor:
sé que se acerca su hora,
y he de salvarle, señora,
con mi acero y mi valor.
- PADILLA. Calla, doncel, tú deliras...
no me hagas mas infeliz:
loco estás, pues qué no miras
que de don Pedro á las iras
hay que humillar la cerviz.
Yo misma, sí, con mi amor
muy rara vez he podido
de su pecho empedernido
calmar el ciego furor...
- (*Se oye á lo lejos una corneta de monte.*)
- ROGER. ¿Mas qué es esto?... ¿qué sonido?...
(*Queriendo salir de la estancia fuera de sí.*)
¡Ah! ¡maldicion! la señal
de que va á morir...
- PADILLA. (*Poniéndose delante de él para estorbarle el
paso.*) Detente:
¿dónde vas? ¿estás demente?
¿qué! ¿no miras que un puñal
va á herir tu pecho inocente!

ROGER. Dejadme, que con mi espada
podré hacer tal vez que huya.

PADILLA. Morirás...

ROGER. ¡Dicha estremada
si mi sangre derramada
pudiera salvar la suya!
¡Dejadme!

PADILLA. (*Abraza postrada sus rodillas para sujetarlo.*)

Nunca: me espantas
con tu valor inaudito...

Así entre maldades tantas
un nuevo crimen evito...

(*Roger pugna por desasirse.*)

Antes moriré á tus plantas.

¿De qué le podrás servir
á tu padre, si hay, doncel,
de asesinos un tropel...

ROGER. ¡Dejadme, por Dios, partir!

PADILLA. ¿Y qué harás?

ROGER. (*Con desesperacion.*) Morir con él.

Cada instante que se va

es un siglo para mí:

acaso espirando está

mientras hablamos aquí:

ya basta, señora...

(*Se desase con violencia, y la Padilla cae en tierra. Roger corre hácia la puerta, pero antes de llegar, suena segunda vez á lo lejos la corneta de monte, y Roger cae desmayado, dando un grito.*)

¡Ah!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Noche. Habitación sombría del alcázar de Sevilla. A la izquierda una puerta que dá á un oratorio. En el fondo una secreta y otra igual al extremo de la derecha. Una lámpara colgada en medio. Doña Maria estará sentada en un silon y reclinada en una mesa en actitud aflijida.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARIA.

Quando en vez de contento
solo dolor se espera,
del tiempo la carrera
¡con cuánta lentitud se vé pasar!
Treguas á su tormento
jamás el pecho tiene,
cuando á oprimirle viene
la mano aterradora del pesar.
¡Ah! de mi hogar dichoso
en la halagüeña calma,
pura y serena el alma,
¡cuán venturosa me juzgaba yo!
Sin ese rey odioso
mi vida pasaria
como un hermoso dia
que ni vapor ni nube oscureció.
Mas ¡ay! ¡son tan extremas

mis desdichas!.. ¡quién sabe!..
 ¡tal vez, don Juan, te acabe
 la furia del despecho y la inquietud!..
 Por el honor no temas
 de un alma que no cede:
 la violencia no puede
 los timbres empañar de la virtud.
 Sin defensa ni escudo
 aquí espero mi suerte...
 ¿Mas qué digo? Mi muerte
 puede enfrenar del rey la liviandad.
 Tengo aliento, y no dudo
 que á resistir me atreva,
 si no escede la prueba
 las fuerzas de la triste humanidad. (*Se levanta.*)
 Moriré si es forzoso:
 ¡ah! sí: resuelta estoy...
 A esta capilla voy.
 mi espíritu á calmar con la oracion.
 Rogaré á Dios piadoso
 que me dé nuevo aliento:
 tal vez oirá mi acento,
 y volverá la paz al corazon.

(*Va al oratorio y se detiene al oír abrir una puerta con cautela.*)

Mas me parece que escucho
 los cerrojos descorrer:
 mi carcelero no ha mucho
 que salió... ¿Quién puede ser?
 Quizá el rey... (*Al ver entrar á Roger.*)
 ¡Cómo! ¡Roger!

ESCENA II.

DOÑA MARIA CORONEL. ROGER.

ROGER. (*Sale por la puerta de la derecha con aire delirante.*)

¡Silencio! á salvarte vengo...
 mas si á verte libre aspiras,
 calla... ¿su puñal no miras?..
 ¡Miedo á los puñales tengo!

D.^a MARIA. ¡Miedo!.. ¿qué dices?.. ¿deliras?
¿Tú temer? ¡Ah! vuelve en tí:
tienes la mente turbada;
¿qué te ha sucedido, dí?

ROGER. *(Como hablando consigo mismo.)*

No me amedrenta una espada,
pero á un puñal temo, sí...

Aun el ser muger, Maria,
de sus pérfidos aceros

tal vez no te libraria,

que hay aquí por vida mia

verdugos, no caballeros...

Y el que mandó darle muerte

es un asesino infame:

sí, porque aunque rey se llame,

no es para que de esa suerte

la sangre ilustre derrame.

D.^a MARIA. Me estremeces... ¿qué te aflije?...

Solos estamos los dos;

¿dónde su rumbo dirige

tu mente? dime por Dios...

ROGER. *(Empieza á calmarse y á recobrar la razon.)*

¿Dónde?.. ¡qué!.. ¡yo!.. ¿pues qué dije?

¿De quién hablé?

D.^a MARIA. *(Aflijida.)* ¡Qué sé yo!

pienso que del rey dijiste

que á un hombre matar mandó!..

Con esa imágen tan triste

toda mi sangre se heló.

ROGER. *(Aparte.)* ¡Insensato! ¿Estoy demente?

de su destino el horror

iba á mostrarle imprudente...

(Alto.) Templá por Dios tu dolor:

turbada estaba mi mente.

Que asesinado moria

un hombre supe, y de espanto

mi alma se llenó, Maria...

(Afectando serenidad, pero con amargura.)

¡Pero aquí es tan raro el dia

que no sucede otro tanto!...

Esa impresion mi sentido

alteró...

D.^a MARIA. (*Consternada.*) ¡Qué horror encierra
este sitio aborrecido!
mi propio acento me aterra
por el eco repetido.
¡Qué pavorosa mansión!
cuanto toco, cuanto miro
aquí aumenta mi aflicción:
hasta el aire que respiro
me pesa en el corazón.

ROGER. Cálmate: de este palacio
con un obispo saldrás,
luego á Santa Clara irás,
y del rey por largo espacio
allí segura estarás.

D.^a MARIA. ¿De don Juan no dices nada
cuando sabes que le adoro?
¿Qué es de él? ¿me juzga culpada?
¿en dónde está? dí...

ROGER. (*Volviendo la cabeza para ocultar su emoción.*)
Lo ignoro.

D.^a MARIA. (*Aparte.*) ¡Oh muger desventurada!
¡Ay triste de mí! si vieras
al mirarme en tal estancia,
como vinieron ligeras
á mi mente, las primeras
impresiones de la infancia!
Mas ya de tan dulces días
los recuerdos me estremecen:
con ellos mis ansias crecen,
y estas bóvedas sombrías
un sepulcro me parecen...
Sin cuidados ni pesar
¡cuán inocentes los dos
vimos la infancia pasar!
¿Te acuerdas?

ROGER. ¡Pluguiese á Dios
que lo pudiera olvidar!
¡Si supieses cuánto así
aumentas mi desventura!
Esos recuerdos que á tí
te deleitan, para mí
son recuerdos de amargura.

Cuando las gracias veia
 de tu beldad seductora,
 ¡Ah! tú no sabes, Maria,
 la pasion abrasadora
 que en mi corazon ardia.
 Al verme aislado y sin nombre,
 ni declararte mi fé,
 ni pedir tu mano osé:
 por eso logró otro hombre
 el único bien que ansié.
 Tu pecho entonces me amaba
 con cariño fraternal,
 y tu candor no pensaba
 que yo en el alma abrigaba
 una pasion criminal.
 Despues la ausencia no pudo
 darme la anhelada calma,
 y en vez de servir de escudo,
 ¡ay! con ella el dardo agudo
 mas se clavaba en el alma.
 Pensé que la gloria fuera
 contra mi pasion abrigo,
 ¡ay de mí!.. ¡débil barrera!..
 en la lid y en donde quiera
 estaba mi amor conmigo.
 Comprender lo que pasé
 por no amarte, no podrás:
 mas mi intento no logré,
 y el teson con que luché
 fué solo un tormento mas.

D.^a MARIA.

Será tal mi desventura
 que yo la ocasion ¡Dios mio!
 ¿diese á llama tan impura?

ROGER.

No; que un alma menos pura
 no enfrenára mi albedrio.
 Perdona mi frenesí,
 noble y celestial muger;
 ten ¡ay! compasion de mí,
 pues si lo supe esconder,
 con mi amor no te ofendí.
 Dios perdonará este amor
 que me inspira tu belleza;

Dios que te dió ese pudor,
en tí puso la pureza
como el aroma en la flor.

Ni aun tengo remordimiento
de la pasion que abrigué,
que una lucha solo fué,
una ilusion, un tormento
que en secreto devoré.

Mas dominar fué imposible
la llama que me abrasaba...

D.^a MARIA. (*Llorosa.*) ¿Y tu razon no pensaba
en la barrera invencible
que á los dos nos separaba?

ROGER. ¿Los ecos de la razon
puede escuchar el que siente
la furia de una pasion?
En vano intenta la mente
dar leyes al corazon.
De virtud y de heroismo
sé que es un templo tu pecho:
que nos aparta un abismo
sé... Pues bien ahora mismo
te idolatro á mi despecho.
Mi alma al verte, embebecida,
se abrasa en llama voraz,
que ha de consumir mi vida,
y es mientras mas combatida,
mas ardiente y mas tenaz.
Pero ¡ay! enjuga tu lloro,
da treguas á tu dolor,
que no olvido aunque te adoro,
lo que debo á tu decoro,
y lo que debo á mi honor.
Por siempre me apartaré
de tu funesta beldad,
lejos de Castilla huiré:
si mi amor vencer no sé,
venceré mi voluntad.
¡Dichoso si honrosa muerte
pudiera hallar en las lides!...
Ten compasion de mi suerte,
y á un desdichado no olvides

que no ha de volver á verte.

D.^a MARIA. Que te alejes no consiento...
Por un delirio asi labras
tu infortunio... ¡Qué tormento
me han causado tus palabras!...
(*Se oyen pasos lejanos.*)

¿Mas no escuchas? Pasos siento...
¡Ah, si el Rey!...

ROGER. (*Hablando consigo.*) Tal vez pudiera
saciar la venganza mia...
¡pero el honor de Maria!...
(*A ella.*) ¡Ah! si por tí no temiera,
aqui yo le aguardaria.

D.^a MARIA. (*Apurada.*) Vete, Roger; loco estás:
si no enfrenas tu altivez,
á ambos á perdernos vas...

ROGER. A Dios; pronto me verás,
pero por la última vez.

D.^a MARIA. (*Con decision religiosa.*)
Dios, que á nadie abandonó,
si aqui no, premiará allí (*Señalando al cielo.*)
al que en su fé confió:
ruégale, que tambien yo
voy á pedirle por tí.

(*Se van. Roger por la puerta de la derecha, y doña Maria
por la del oratorio.*)

ESCENA III.

*Despues de un breve intervalo, salen por la puerta del fon-
do el REY y JUAN DIENTE: éste trae una linterna que
pone sobre una mesa.*

REY. Me pareció que aqui hablaban,
y aun juzgué, por vida mia,
escuchar la voz de un hombre;
mas no puede ser... La vida
¿quién en tan poco estimara
que aqui en mi alcázar vendria
á ser blanco de mi furia?
¿Quién en su propia guarida

viniera á arrostrar osado
del régio leon las iras?...
No puede ser... de mi mente
sin duda ilusion seria...
Y tú, Juan Diente, ¿no oiste
las palabras confundidas
de dos personas?...

JUAN DIENT. Tan solo
se me figuró que oia
los goznes de ese postigo
que sale á las galerías.

REY. Pero, ¿quién, sin que le viera
la centinela, podria
llegar á abrirle?

JUAN DIENT. No es fácil.

REY. Y supongo que ahí pondrias
á un hombre de confianza...

JUAN DIENT. Señor, á Ferran Mejia,
un balletero de maza
que os dió pruebas repetidas
de lealtad...

REY. Pues anda á verle;
pregúntale, é investiga
si alguien pasó...

*(Se va Juan Diente por el fondo. El Rey abre un postigui-
llo que habrá en la puerta del oratorio, y mira por él á
doña Maria.)*

¡Cuán hermosa!...

Aun con su dolor me hechiza...
Rezando está: en su semblante
sublime espresion respira:
está llorosa, y no sabe
que encienden el alma mia
esas lágrimas brillantes
que corren por sus mejillas...
¡Y qué! ¿cuando venturosas
las beldades de Castilla
se juzgan si á alcanzar llegan
de mi labio una sonrisa,
tú sola, muger estraña,
á mi amor resistirias?... *(Pausa corta.)*
Pero el alma mas constante

con el rigor se domina,
 y aunque del dosel el brillo
 no pueda ofuscar tu vista,
 y aunque no cedas, de un trono
 por la alta ambicion rendida,
 tú me entregarás tu pecho
 ó enamorada ó sumisa;
 que una firme voluntad
 á otra mas firme se humilla.

*(Juan Diente descubre el cerrojo de la puerta de la derecha,
 y entra por ella.)*

Y bien, esa centinela
 ¿qué responde?

JUAN DIENT.

Está dormida,
 señor.

REY.

¿Dormida?... pues oye:
 mañana ya entrado el día
 irá á la torre del Oro;
 el Guadalquivir camina
 debajo de sus ventanuas,
 y en él gente prevenida,
 atado de pies y manos,
 le arrojará desde arriba;
 y si algúen te preguntase
 por qué hace el Rey tal justicia,
 dile sin temor, Juan Diente,
 porque de escarmiento sirva,
 que así paga un centinela
 que se duerme y no vigila.

*(Juan Diente se inclina en señal de asentimiento: va á salir,
 y el Rey le detiene llamándole.)*

Escucha, se me olvidaba:
 ¿espiró con valentia
 don Juan de la Cerda, ó tuvo
 flaqueza al morir?

JUAN DIENT.

La vida,
 aunque herido, en un principio
 con tal vigor defendia,
 que confieso que el mirarle
 daba lástima y envidia;
 pero á poco tres mazazos
 abreviaron su agonía...

Aun está el yerto cadáver
allí en la prision...

REY. (*Bajando la voz.*) Pues mira:
baja, y de ese cuerpo helado
que separe una cuchilla
la cabeza: en una caja
ponla, y en la prision misma
aguarda, que en breve plazo
sabrás á qué la destina
mi voluntad...

(*El Rey indica con un ademán á Juan Diente que se retire,
y éste se inclina y obedece.*)

Ahora veamos
si esta belleza afligida
hoy á resistir se atreve
como anoche resistia...
Si me ama, régia diadema
su angélica frente ciña;
¡pero ay, infelice de ella
si con su desden me irrita!

ESCENA IV.

EL REY. DOÑA MARIA CORONEL.

REY. (*Abre la puerta del oratorio.*)
Hermosa doña Maria,
la amarga meditacion
interrumpid un momento,
que así os entristece.

D.^a MARIA. (*Esclama dentro.*) ¡Ay Dios!
¡Es el Rey!

REY. Venid, señora,
que al cielo, que es su mansion,
rogarle no necesita
un serafin como vos.

D.^a MARIA. (*Sale.*) Ahora por mí no rogaba
al cielo: por vos, señor
le pedia.

REY.

(Sentándose, é indicando á doña Maria que haga lo mismo.)

De tí sola

mi ventura espero yo;
y si los ruegos escuchas
de mi invencible pasion,
no me hace gran falta ahora
de los cielos el favor.

D.^a MARIA.

¡Y hablar podeis de esa suerte
vos, á quien Dios confió
un reino tan dilatado!

REY.

Tú no sabes... Este amor
en el alma tan violento,
tan irresistible entró,
que juzgaba tu ternura
el mas envidiable don
de la suerte: fue mi pecho
un volcan abrasador,
y la gloria y la fortuna,
el poder, la religion,
todo lo olvidé... tu rostro,
de beldad radiante sol,
embelesó mis sentidos;
y hallando en tu corazon
mi afecto una resistencia
que en ningun otro encontró,
se tornó la ardiente llama
con los estorbos, mayor;
y ya es tal, y con tal furia
avasalla mi razon,
que el mundo, Dios, mi corona,
tan solo en tí miro yo...
Todas las dichas que el hombre
de la mente en el hervor
forma, á tu amor comparadas
nada ante mi vista son...
¡Ah, contemplar de tus ojos
el brillo fascinador
y ser amado!... no tengo
otra dicha, otra ambicion,
y juzgo cualquier ventura
á esa ventura inferior.

D.^a MARIA. Casi estoy dudando ahora
 si escucho de un rey la voz...
 Si da imperio el ser monarca,
 da tambien obligacion;
 y esas palabras, don Pedro,
 debieran daros rubor:
 ¿Ignorais que soy esposa?
 ¿olvidais que rey sois vos?
 ¿ó acaso no satisfecho
 de haber en esta prision
 sepultado á una infeliz
 que jamás os ofendió,
 la luz de su honra dejando
 empañada en la opinion,
 insultándola intentais
 gozaros en su dolor?
 ¡De un miserable villano
 indigna fuera esta accion,
 y cuánto mas de un monarca.
 que es un trasunto de Dios!

REY. Pero un rey tambien es hombre,
 y cual hombre la pasion
 no siempre enfrenar le es dado
 que su pecho dominó...
 Si tú me amases, Maria,
 ¡cuán venturosos los dos
 fuéramos! ¡ay! mil esclavos
 obedientes á tu voz,
 cumplieran cuantos deseos
 soñar puede tu ilusion:
 mis palacios, mi corona
 premio fueran de tu amor,
 y arrodillada á tus plantas
 miráras á una nacion.

D.^a MARIA. No esperéis: vuestras palabras
 solo me causan horror:
 un pecho vencer no puede
 que es de pureza crisol
 quien tiene miel en los labios
 y veneno en la intencion:
 el poder, el regio trono
 no pudieran darme, no,

la tranquilidad de un alma
que no siente el aguijon
del remordimiento: el oro
no puede pagar, señor,
la fé, la honra, la inocencia,
la calma del corazon...

Si con la infamia se compra,
yo no quiero el esplendor...

REY.

(*Con aire sombrío.*)

¡Con que no habrá medio alguno
de vencer tu obstinacion!

D.^a MARIA.

Vuélveme al hogar dichoso
de donde me arrebató
tu liviandad: de los cielos
alcanzarás el perdon,
y yo olvidaré tal vez...

REY.

¡Tú deliras! ¡Vive Dios,
que en humillar tengo empeño
tu soberbia presuncion!

Te juro que has de ser mia
ó de grado ó por temor.

D.^a MARIA.

Al abismo de los vicios
mi alma nunca descendió:
podreis don Pedro ultrajarme
pero envilecerme no.

REY.

(*Con furia concentrada, y levantándose.*)

¡No sabes adonde alcanzan
mi violencia y mi furor!

D.^a MARIA.

(*Con resolucion, levantándose.*)

A mucho alcanzan, don Pedro,
mas no á lanzar la aversion
que me inspirais; no á calmar
el grande y profundo horror
que me causan los halagos
de esa funesta pasion.

La violencia, rey don Pedro,
nunca el alma encadenó,
y el hombre mas poderoso
y el mas tirano opresor,
dueño será de la vida,
pero no del corazon.

Ricos-hombres, infanzones,

Roma, Granada, Aragon,
á vuestros pies se prosternan
como si fuerais un Dios;
sé que una turba de esclavos
solo aguarda vuestra voz
para llenar este reino
de amarga desolacion:
sé que do moveis la planta
dejais rastros de terror,
y que en vos miran los pueblos
un verdugo y no un señor...
Podeis matar á mi vista
cuanto en el mundo amo yo,
para siempre sepultarme
podeis en una prision,
do miraros cada dia
dándome el suplicio atroz;
podeis hacerme pedazos,
podeis ultrajar mi honor,
pero obligarme á que os ame,
rey de Castilla, eso no.

REY. Por grande que el tuyo sea
aun es mayor mi teson:
tú no sabes lo que puede
un rey ofendido; adios:
yo en breve sabré vencer
tu indomable condicion.

(Se va por la puerta del fondo.)

D.^a MARIA. Anda, que el Rey de los reyes
que al débil no abandonó
jamás, para resistirte
me dará fuerza y valor:
por mí no temo; mas ¡ay!
mi esposo... tal vez... ¡Oh Dios!

(Se sienta y llora.)

ESCENA V.

DOÑA MARIA CORONEL. LA PADILLA.

PADILLA. (*Entra con cautela por la puerta de la derecha, y dice aparte.*)

¡Ah! todo lo escuché... Mnger sublime,
envidia tengo á tu firmeza santa.

Por conservar tu honor la muerte arrostras:
mis celos sin razon te calumniaban...

Y tú, rey fementido, cuando en breve
vuelvas aqui de tu pasion en alas,
ya no la encontrarás, y á tu despecho
esa indigna pasion verás burlada.

(*Se adelanta para mirar á doña Maria.*)

¡Qué hermosa es! En su semblante puro
el corazon de un ángel se retrata.

¡Qué hermosa! ¡ay Dios!... al contemplarla el mio
tenaz remordimiento despedaza.

D.^a MAR. (*Repara con sobresalto en la Padilla.*)

¿Quién sois? ¿A qué venís?

PADILLA. Vengo, señora,
vuestro llanto á enjugar.

D.^a MAR. ¿Y en este alcázar

donde un tirano manda haber podria
quien sienta compasion de la desgracia?

No; me engaãais: marchad... Tal vez sea esta
alguna nueva red que me prepara.

PADILLA. Callad, ¡ah! que un puñal con esas dudas
estais, por Dios, clavándome en el alma.

D.^a MAR. ¿No son justas, decid?

PADILLA. No; yo pudiera
con pronnnciar mi nombre disiparlas;
pero es tan hondo el espantoso abismo
donde me sepultó mi suerte infausta,
que delante de vos decir mi nombre,
¡triste de mí! me afrenta y me acobarda...
Básteos saber que por culpable os tuve,
y que erais mi rival juzgué engañada.

D.^a MAR. Ya entiendo... la Padilla eres sin duda,

la que en palacio y en Castilla manda:
 ¡y juzgando mi pecho por el tuyo,
 temiste que tu puesto ambicionara!...
 Te engañaste, infeliz: aislada, triste,
 aquí gimiendo en pavorosa estancia,
 no trocara mi suerte con la tuya
 por cuanto vale el esplendor del Asia.

PADILLA. (*Con tono resignado.*)

Lo sé; que hace un momento fuí testigo
 de tu alto esfuerzo y sin igual constancia:
 mas si vieses el fondo de mi vida,
 del oropel, del fausto despojada,
 si vieses mi existencia cada día
 cuán afanosa, ¡ay Dios! y cuán amarga,
 esta infeliz que ante tu vista tienes,
 lástima y no desprecio te inspirara.

D.^a MAR. Pues si sabes que un lustre no ambiciono,
 que tú, infeliz muger, tan caro pagas,
 ¿qué pretendes de mí? Déjame al punto
 sola aquí con mi llanto y mis plegarias;
 que yo la proteccion no necesito
 de quien vive en...

PADILLA. (*Que comprende la reticencia, dice tristemente.*)

Comprendo, sí, en la infamia:

eso quieres decir... ¡Ah! no merezco
 la terrible crueldad de tus palabras:
 pude culpable ser, pero en mi pecho
 aun nobles sentimientos se levantan,
 y por una conciencia cual la tuya,
 firme, serena, sin temor ni mancha,
 mi vida diera, si tan triste vida
 pudiera merecer el conservarla.

Nadie cual tú me habló, nadie en el mundo
 de ofenderme, cual tú, tuvo la audacia;
 pero tampoco en nadie he visto nunca
 la elevacion sublime de tu alma:
 por eso ante tí sola aceptaria
 la humillacion de disculpar mis faltas.
 Huérfana, pobre, á la ambicion sin freno
 de palaciegos viles entregada,
 víme así entrar de la afanosa vida
 en el primer albor: sí, yo me hallaba

:

en esa edad feliz en que aun se sueña
 con los sueños dorados de la infancia.
 Entonces ví á don Pedro circundado
 del esplendor de la grandeza humana:
 ¡ay de mí! la memoria de aquel dia
 aqui en el corazon está grabada.
 Joven, marcial, severo, la corona
 en sus augustas sienes deslumbraba,
 y por primera vez sentí al mirarle
 una emocion desconocida y vaga...
 Fue la infantil palpitacion de un pecho
 en que despierta del amor la llama:
 el Rey lo vió, y en mis turbados ojos
 clavó al punto triunfante sus miradas,
 y vine sin pensarlo en honda sima
 de perdicion y esclavitud lanzada...
 Si mi madre infeliz vivido hubiese,
 sin duda el precipicio me mostrara,
 y sin este rubor ye te hablaria,
 siendo cual tú, tan pura y tan honrada...
 Pero es tan fácil ¡ay! torcer del pecho
 los sentimientos en la edad temprana
 que ignora el porvenir... ¡Vil instrumento
 fue de la intriga mi inocencia incauta!
 Parientes ambiciosos me entregaron
 al deshonor, y de infernales tramas
 juguete fuí, como barquilla endeble,
 del viento y de la mar arrebatada.

D.^a MAR. ¡Infeliz!

PADILLA.

Del letargo vergonzoso
 no tardé en despertar: el Rey me amaba
 cuanto amar le era dado, pero en breve
 triunfó su condicion sañuda y varia,
 y aunque no me olvidó, mostróse á veces
 amante infiel, cuanto opresor monarca.
 Cansada de sufrir, ¡oh, cuántas veces
 quise romper cadena tan pesada!
 pero mis hijos ¡ay! eran un lazo
 que tenaz para siempre me ligaba...
 Y te diré tambien para que pueda
 de disculpa servir, no de alabanza,
 que cuando el rey don Pedro al mal movido

por la lisonja ó la traicion villana,
sobre los pueblos de Castilla quiso
desplegar su rigor ó su venganza,
yo, sola, con mi amor contener pude
ya pronta para herir su mano armada;
yo consolé familias afligidas,
y ese bien que mi mano dispensaba
fue mi solo placer, no una opulencia
á tanto precio, por mi mal comprada.

D.^a MAR. ¡Ah, cuánto me engañaba! Tú apuraste
de un destino fatal la copa amarga:
todo el halago seductor del vicio
lograr no pudo corromper tu alma.
¡Ah! te conozco ya: llega, tú has sido
aun mas que criminal desventurada:
ven á mis brazos, ven; te amaré siempre
con el cariño puro de una hermana. *(Se abrazan.)*

PADILLA. ¡Dulce placer el verse comprendida
por un alma tan noble y elevada!
Años eternos de penar y afanes
este momento los compensa y paga...
Ahora no rehusarás el beneficio
que el cielo por mi mano te depara...
La libertad.

D.^a MAR. ¡La libertad! ¡Qué dicha
salir de este palacio!... ¿No me engañas?

PADILLA. De ese oratorio en el labrado muro
hay una puerta oculta é ignorada
hasta del mismo Rey: saldrás por ella;
el obispo don Nuño fuera aguarda,
y él te conducirá de un monasterio
al sagrado lugar.

D.^a MAR. Mi confianza
yo siempre puse en Dios... en Dios que nunca
á quien con fé le ruega desampara.

*(Entran en el oratorio, y despues de un breve espacio vuelve
la Padilla.)*

ESCENA VI.

LA PADILLA. *Despues* EL REY.

PADILLA. Ya con don Nuño partió:
 proteja el cielo su vida...
 ¡Ay! aun así perseguida,
 ella es mas feliz que yo.

(Va á salir por la puerta de la derecha, y al ver entrar al Rey por la del fondo, se detiene junto á la pared. El Rey no repara en ella: busca con la vista á doña Maria Coronel, y no viéndola en la estancia, entra en el oratorio del cual sale al punto.)

REY. *(Con desesperacion.)*
 ¡Huyó!... ¡Cielos!... ¡No está aquí!...
 ¿Será posible?... ¡Oh furor!
 ¿Quién podrá ser el traidor
 que ha osado venderme así?

PADILLA. *(Mostrándose.)*
 Yo he sido.

REY. *(Vuelve la cara sorprendido.)*
 ¡Cómo! ¿quién? ¡vos!
 Pues escuchad: aunque os pese,
 os juro que el ardid ese
 no os servirá. ¡Vive Dios!
 Ahora mi teson, á fé,
 mas en buscarla se aferra,
 y aunque la esconda la tierra,
 allí yo la encontraré.

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.



Noche. Una celda del monasterio de Santa Clara: un reclinatorio; una mesa, y sobre ella una lámpara; una cama en el fondo; una puerta á la izquierda y otra á un lado en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

JUAN DIENTE. DOÑA MARIA CORONEL.

(Doña Maria está recostada en la cama, durmiendo. Juan Diente con una caja de ataugia en las manos se asoma á la puerta, y al ver que doña Maria duerme, entra cautelosamente y manifestando azoramiento.)

J. DIENT. ¡Jesus! ya respiro... ya aliento... en mi vida mas lúgubre noche por Dios que no ví; de aquel cementerio que está á la salida un bulto ó fantasma corrió tras de mí. «Detente, y no vayas á aquel monasterio,» me dijo; el cabello aun se eriza de horror... no temo á los hombres, mas de un cementerio los muertos, las sombras me causan pavor.

(Mira la caja con horror, la coloca en la mesa, y se aparta estremecido.)

Sin duda esa caja pedirme queria cual prenda que ahora del mundo no es ya... ¡Jesus, y qué espanto! su voz todavia la sangre en las venas helándome está.

Con este mensage venir á un convento,
y en noche tan triste, repúgname á fé;
pero un rey lo manda: si es malo su intento,
que él solo á los cielos sus cuentas le dé.

(Sobre la caja pone un pergamino que saca de la escarcela,
y al lado de este la lámpara. Despues se acerca á contem-
plar á doña Maria.)

¡Cuál duerme esta dama!... ¡qué sueño tranquilo!
¡qué rostro sereno!... Me da compasion:
sin duda juzgando seguro este asilo,
las garras no teme del fiero leon...
Soñando está acaso que dicha le espera:
¡no sabe que en breve tendrá que llorar!...
Su suerte es tan triste, que mas le valiera
de sueño tan blando jamás despertar. (*Vase.*)

ESCENA II.

DOÑA MARIA *sola.*

(*Se incorpora y escucha.*)

¡No es nada!... me engañé... leve rumor
pensé que hirió mi oido;
ráfaga fue del viento bramador,
ó ilusion de mi espíritu afligido.
Ya en este monasterio libre estoy
de ese monarca impio...
¡Oh Supremo Hacedor! gracias te doy
con toda la efusion del pecho mio. (*Se levanta.*)
La religion habita este lugar,
y la virtud con ella:
ningun daño me puede amenazar:
el orgullo del mundo aqui se estrella.
Cuando honra y vicio, cuando bien y mal
peses en la balanza,
¡oh Dios! de tu terrible tribunal
no escuches, no, la voz de tu venganza.
De ese feroz tirano ten piedad,
Señor del universo;
la luz de la justicia y la verdad
ablande al fin su corazon perverso... (*Pausa.*)

Mas baluarte sagrado de mi honor
 será este asilo en vano,
 si mi esposo don Juan, mi bien, mi amor
 está del rey en la sangrienta mano.
 ¡Tal vez está dudando de mi fé!

¿Qué dicha, qué reposo
 puedo esperar ¡oh Dios! cuando ni aun sé
 si vive ó muere mi adorado esposo?

(Repara en la caja.)

¡Pero qué miro! esta caja
 antes de entregarme al sueño
 aqui no estaba: sin duda
 á esta celda la trageron
 mientras dormia: veamos
 lo que contiene... mas ¡cielos!
 un pergamino hay encima,
 y al lado la luz...

(Mira el pergamino.) ¡Qué veo!

A mí viene dirigido:

¡desventurada! ¿qué es esto?

¡Alguien conoce el asilo
 que yo juzgué tan secreto!...

Leamos. *(Lee.)* «Porque veais

»que como ya dicho os tengo,

»ni desdenes me intimidan,

»ni de obstáculos me arredro;

»pues que á pesar del rigor

»con que me tratais no puedo

»apagar la ardiente llama

»que me está abrasando el pecho,

»ahí esa caja os envio:

»abridla y hallareis dentro

»noticias de vuestro esposo

»que amais con ardor tan ciego,

»y la prueba de que en balde

»no amenaza... El Rey don Pedro.»

¡Don Pedro! ¡gran Dios! ¿qué hice

para que así tan severo

me castigueis? ¿Por qué siempre

ese odioso nombre veo

como una horrible barrera

ante mi dicha interpuesto?

¡Qué de temores me asaltan!
 ¡qué de dudas! ¡me estremezco
 de sospechar... y salirse
 quiere el corazon del pecho!
 ¡Cruel inquietud!.. de esta caja
 me está aterrando el misterio....
 ¿Si de don Juan hay en ella
 noticias, qué me detengo
 en abrirla?... pero no,...
 ¿para qué?... me falta aliento:
 pues si de don Pedro viene
 será un presente funesto.
 ¡Qué angustiosa incertidumbre!..
 mas á abrirla me resuelvo
 de una vez, y mi destino
 conozca feliz ó adverso,
 que por amargo que sea,
 aun es mas duro tormento
 el dudar... ¿Qué voy á ver?
 solo de pensarlo tiemblo....

(Abre la caja, y al ver la cabeza de don Juan da un grito.)

¡Ah! ¡Dios mio!

(Cae desplomada en un sillón que habrá junto á la mesa.)

ESCENA III.

DICHA. GUIOMAR.

GUIOMAR.

¿Qué os aflige?

esa agitacion calmad:

¿tan repentino trastorno

quién ha podido causar?

Há un momento que dormida

con grande tranquilidad

os dejé; ¿qué causa ahora

os ha podido alterar?

Aqui nadie entró.... Del sueño

sin duda ilusion será,

que os mostró de la desgracia

alguna imagen falaz...

(Viendo que doña Maria calla y llora.)

Hablad... si llorais asi,

tambien me vereis llorar...
Decidme por Dios, señora,
que fue ilusion...

D.^a MARIA.

¡Ojalá!

mas no, que me abrumba el peso
de la triste realidad...

No; que una vana quimera,
un simple sueño jamás
mi espíritu abatiria
con esta angustia mortal...

(Le da el pergamino.)

Toma, mira, y tus cabellos
de espanto se erizarán...

(Mientras Guiomar lee para sí.)

Grande es mi aliento, Dios mio;
pero este golpe fatal
me abate; la muerte solo,
la muerte os pido y no mas:
ya soportar la existencia
no puedo...

GUIOMAR.

(Despues de haber leído el pergamino, mira el interior de la caja, y se aparta horrorizada.)

¡Qué horror!... ¡don Juan!

D.^a MARIA.

Ya ves que á mi desventura
nada ponderé, Guiomar...
La resignacion me falta
para sufrir tanto mal:
mientras me ofendió á mí sola
aun le pude perdonar:
de mi hogar arrebatada,
mi fama espuesta, sin paz
ni dicha en el alma, presa
como una vil criminal,
aun pude pedir por él
á los cielos... pero ya
es la implacable venganza
mi solo placer, mi afan:
ya comprendo el goce inmenso
de esa pasion infernal...
venganza, venganza anhelo,
¿quién gran Dios me vengará?

ESCENA IV.

LAS MISMAS. ROGER.

ROGER. Quien tiene de ello, señora,
obligacion; quien está
ofendido como vos
de ese mónstruo de maldad
que está reinando en Castilla
para su oprobio y su mal...
Ignorais quién soy: no es tiempo
ya de ocultarlo; escuchad:
A una infanta de Castilla
allá en su primera edad
amó don Juan de la Cerda:
de aquella union desigual
yo he sido el fruto infeliz...
¡Ah! ¡no lo fuera jamás,
que nuncio de desventura
fui desde la hora fatal
en que nació!... Al darme á luz
mi madre espiró, y quedar
logró siempre en el misterio
mi origen, que poco há
mi desventurado padre
me reveló al espirar...
Ved, señora, si es sagrada
mi obligacion, y mirad
si puedo mas pensamiento
ni mas anhelo abrigar
que la venganza de un crimen
que al cielo clamando está.

D.^a MARIA. Pues bien. Roger, no imagines
que yo pretenda entibiar
el aliento que en tus ojos
estoy mirando brillar:
no pienses que estorbos ponga
á tu ardiente heroicidad,
ní al impulso generoso
de tu obligacion filial...

Busca al monarca; en su seno
 clava un agudo puñal,
 y si ya aquí no te es dado
 tu propósito lograr;
 vé de don Enrique al campo,
 y en su hueste alcanzarás
 mil ocasiones gloriosas
 en que puedas castigar
 un hecho de los mas viles
 de que es el crimen capaz...
 No hace mucho que me hablaste
 de la pasión que abrasar
 sientes tu pecho; pues mira
 ese afecto criminal
 que está tu virtud manchando
 con su sangre lavarás:
 tan bella y noble venganza
 de expiación te servirá;
 ¿y qué te importa si mueres
 de tu empresa en el azar?
 hay momentos en la vida
 de tan angustioso afán;
 en que es, Roger, el morir
 la suma felicidad.

ROGER. ¡La muerte!... sí, la deseo;
 pero despues de vengar
 tanto ultraje... Hoy ha caido
 la cabeza de don Juan;
 la de don Pedro ó la mia
 dentro de poco caerá.

(Doña Maria y Guiomar se van por una puerta: Roger va á irse por otra, y antes de salir entra por ella el Rey.)

ESCENA V

ROGER. EL REY.

REY. *(Con sorpresa.)* ¡Aqui en Santa Clara tú!
 ¿A qué viniste, Roger?
(Con ironía.) ¿A estorbar, si no me engaño,
 mis pensamientos?

ROGER.

(Con fria decision.) ¡Tal vez!

REY.

Ya comprendo... ¿Y ahora mismo cuando en esta celda entré, adónde ibas?

ROGER.

A mataros.

REY.

¡Alto raya tu altivez!
¿Has olvidado, atrevido, que es el que te habla tu rey?

ROGER.

Si sois monarca ó vasallo ahora, don Pedro, no sé: solo sé que en vuestras manos manchas de sangre se ven, manchas de sangre inocente, tan tenaces, que el dosel ni la púrpura sagrada no las pueden esconder.

REY.

Para que me hables así, mancebo, preciso es que te pese que tu cuello fijo en tus hombros esté; y para buscar la muerte motivo debes tener muy poderoso.

ROGER.

¿Si tengo?

Escucha, don Pedro: ¿ves en esta sangrienta caja esa cabeza que ayer era del mejor caudillo de tu reino, dí, la ves?

(El Rey aparta los ojos.)¡Apartas de ella los ojos!
Por mi vida que haces bien, que aun ensangrentada y yerta debe hacerte estremecer.

Pues bien, oye, de mi padre la noble cabeza es.

Hoy ha exhalado el último suspiro blanco infeliz de tu furor sangriento: tú lo ordenaste, sí, y en el momento juré venganza que á saciar aspiro. Correrá el tiempo en incesante jiro sin que entibie el fervor del juramento;

antes la furia del rencor que siento,
 á cada instante embravecerse miro.
 Para aplacar su sombra venerada
 y ese vil corazon aqui arrancarte,
 me sobra con mi brazo y con mi espada...
 ¡Gracias, odiado rey! Cuando hasta el centro
 del infierno bajara por buscarte,
 ¡tú mismo al fin me sales al encuentro!

Pronto encomiéndate á Dios,
 si tienes cuentas con él,
 que uno de los dos aqui
 va, don Pedro, á perecer:
 ó me acabará tu acero,
 ó á mi padre vengaré.

REY. ¡Miserable!... ¿qué en su ejemplo
 no has podido conocer
 que haré contigo mañana
 lo mismo que hice con él?

ROGER. ¡Ah, mónstruo! el altivo vuelo
 de tu soberbia deten:
 no un monarca, un asesino
 ya solo en tí puedo ver.
 De mi lealtad heredada
 tu barbarie el lazo fiel
 ha roto, y si no me engaña
 de mi esperanza la fé,
 no soy yo, don Pedro, aqui
 quien ahora debe temer.

REY. ¡Infeliz! ¡Temer el tigre
 al reptil que está á sus pies!

ROGER. Ciego estás: ¿piensas acaso
 que aqui estoy en tu poder?
 Este pobre pavimento
 donde mármol no se vé,
 estos muebles tan humildes,
 esta sencilla pared
 que no ha enriquecido el oro
 ni decorado el cincel,
 de un monarca castellano
 el régio alcázar no es:
 de tus sangrientos verdugos,
 ¿en dónde está aqui el tropel?

Aqui hay tan solo dos hombres
que ya rencorosos ven
en la muerte uno del otro
una ventura, un placer.

Yo tengo valor y espada,
espada teneis tambien,

(*Desenvainando.*)

desenvainad... si nos vieses,

¿quién pudiera conocer,

brazo á brazo y cara á cara,

que uno de los dos es rey?

(*Viendo que el Rey no desenvaina.*)

Desenvainad, os repito,

y acabemos de una vez.

REY.

(*Con frialdad irónica.*)

¿Piensas que yo atente á un cuello
que el verdugo ha de romper?...

¿que yo mi acero contigo

mida?... te engañas, doncel,

que yo reservo mi espada

para empresas de mas prez.

ROGER.

(*Desesperado.*) ¡Ah, infame! con que imaginas

que has de desgarrar cruel

las entrañas de una esposa

y de un hijo; honor, deber,

gratitud, humanidad,

hollarlo todo, y despues

en el trance de un combate

espada y brazo esconder...

¡Ah! sabes asesinar

á traicion; pues yo tambien,

siguiendo, infame, tu ejemplo,

asesinarte sabré.

REY.

Aqui estoy: no te detengas,

ven á asesinarme, ven.

ROGER.

(*Arrojándose á matarle.*)

¡Pues, muere, infame!...

(*Al llegar á él se detiene de repente, y se le cae la espada de las manos.*)

¡Ah! no puedo...

En balde mi intento es:

yo lidiando le matara,

pero asesinar no sé.

(*El rey toca un pito, y al punto sale por una puerta Juan Diente con cuatro hombres que á una señal de don Pedro sujetan á Roger, el cual saca la daga y se defiende en vano.*)

ESCENA VI.

LOS MISMOS. JUAN DIENTE. HOMBRES-DE-ARMAS.

ROGER. (*Aparte forcegeando.*)
 ¡En vano es resistir! (*Alto.*) ¡Ah! no os temiera si frente á frente y á la luz del día me atacáseis, villanos... (*Cediendo.*) Pero olvido que nunca así los asesinos lidian...
 ¡Tantos contra uno sólo!..

REY. (*Al ver que está sujeto.*) Bien: llevadle, y pague su insolencia con su vida.

ROGER. ¡Insensato de mí, que hace un momento ni aun sospeché tan torpe alevosía!

REY. ¿Sientes morir? ¿Es esa la arrogancia que se mostró no ha mucho tan altiva?

ROGER. (*Con dignidad.*) No siento morir, no; solo me pesa el ver burlada la venganza mia.

(*Roger, Juan Diente y los hombres-de-armas se van por la izquierda. Don Pedro queda solo y al volver los ojos al lado opuesto, se estremece involuntariamente al ver á doña Maria Coronel que lo contempla inmóvil.*)

ESCENA VII.

DON PEDRO. DOÑA MARIA CORONEL.

D.^a MAR. ¡Puedes ufano estar! De tus crueldades, bárbaro, ya has llenado la medida:
 á una esposa feliz no te ha bastado en hondo abismo de desgracia hundirla:
 no te ha bastado asesinar á un noble, blason, gloria y sosten de las Castillas,
 sin que á un mancebo, del honor dechado,

tambien llegase tu sangrienta ira!
 ¿Puedes ufano estar!.. ¿Pero en un monstruo
 tan afrentosa accion por qué me admira?
 Aqui arrastrarse cual falaz serpiente
 que en la callada sombra se desliza,
 y sorprender y asesinar, don Pedro,
 son de tu corazon empresas dignas.
 A mi padre infeliz ¡ah! no lo olvido,
 le diste muerte en Aguilar su villa...
 ¡Hombre sin corazon, que fuiste siempre
 azote asolador de mi familia!
 Si por ventura la esperanza infame
 aun de ser dueño de mi amor abrigas,
 y para hollar y envilecer mi nombre
 en tu poder y en tu esplendor confias,
 sabe que estoy resuelta á resistirte
 hasta el postrer aliento de mi vida;
 sabe que tu presencia me es odiosa,
 y en fin, que te aborrece el alma mia,
 cuanto es capaz de aborrecer un alma
 al vil que sin piedad la martiriza.

REY. No es tiempo ya de fingimiento ahora:
 despues de lo que has visto, piensa y mira
 si un hombre que jamás retrocediera,
 ahora, infeliz, retroceder podria.
 Mientras esa beldad en tí contemple,
 que mi sentido ofusca y esclaviza,
 ningun poder humano apagar puede
 la llama que en mi pecho está encendida.
 En breve volveré: mi gente aguarda
 fuera del monasterio prevenida:
 mal de tu grado volverás conmigo
 al soberano alcázar de Sevilla,
 y cuando allí te encuentres ¡infelice!
 á pesar de don Nuño y de tí misma,
 de la Padilla... ¡Oh furia!.. A su despecho
 y á despecho del mundo serás mia.

D.^a MAR. ¿Y no temes, don Pedro, que apurada
 la paciencia de Dios, en su justicia,
 para tí de su cólera tremenda
 haga lucir el espantoso dia?
 ¿No piensas, dime, que será tu muerte

tan desastrosa como fué tu vida?
 ¿No imaginaste nunca, rey don Pedro,
 á quien *el Cruel* los pueblos apellidan,
 que tus maldades en la edad futura
 con asombro y terror serán oidas?

REY. A un corazon ardiente, como el mio,
 solo aversion ó independencia inspiran,
 virtud y fama y religion y nombre,
 que sirven solo á contrastar su dicha. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DOÑA MARIA. (*Sola.*)

Pues bien, anda á buscar á tus esclavos:
 sé lo que debo hacer y estoy tranquila.
 Dios á mi débil pecho dará fuerzas:
 anda: ya mi valor te desafia.
 ¿Piensas, rey opresor, que no habrá estorbos
 que pongan freno á tu soberbia altiva?
 ¡Qué error! Hay á la infamia una barrera
 que todo tu poder no rompería:
 la muerte... ¿Mas qué digo? aunque el sepulcro
 fuera el mejor asilo á mi desdicha,
 Dios castiga al mortal que con su mano
 osado rompe el hilo de sus dias...
 Vivir para sufrir: la ley es esa
 que al hombre impuso en su tremenda ira...
 Vivamos, pues, de tan acerva copa
 hasta apurar el ponzoñoso acibar...
 (*Pausa.*) Esta belleza infausta que detesto,
 don azaroso de mi suerte impia,
 la causa es de mis males... Pues perezca,
 y á mi decoro de holocausto sirva...
 Por influjo divino arrebatada
 ya la humana flaqueza sacudida
 siento en mi corazon: mi propia mano
 borre el terso carmin de mis mejillas...
 No hay tiempo que perder: destruya el fuego
 flor que tan fácilmente se marchita.
 Ejemplo al porvenir mi esfuerzo sea,

y valladar del rey á la osadia.
 Cuando á mirarme vuelva, horror le cause
 esta beldad que fascinó su vista.

(*Vase por el fondo.*)

ESCENA IX.

DON NUÑO. LA PADILLA.

- PADILLA. (*Con agitacion.*) Entremos: esta, don Nuño,
 dijisteis que era su estancia.
 No perdamos un instante;
 que don Pedro sin tardanza,
 pues ya descubrió este asilo,
 de aqui intentará arrancarla.
- D. NUÑO. (*Al ver que no está doña Maria.*)
 Tal vez estará rezando
 en la capilla...
- PADILLA. (*Con efusion.*) Una santa
 esa muger me parece:
 ¡cuánta admiracion me causa!
 Mi riqueza y mi fortuna
 diera yo por sus desgracias;
 y así fuera mas dichosa,
 porque el sosiego del alma
 ni con el oro se compra,
 ni con el poder se alcanza...
 Salvémosla; pronto, vamos...
- D. NUÑO. ¿Y de esta mansion sagrada
 ha de atropellar los fueros
 el rey don Pedro?
- PADILLA. Me pasma
 que lo dudeis... ¡Ay! don Nuño,
 que si á estar llega empeñada
 su voluntad, no hay estorbos
 que pongan freno á su audacia.
- D. NUÑO. Pues vamos pronto, y al punto
 de este monasterio salga,
 y á otro reino se encamine
 donde no alcance la saña
 de ese rey tirano...

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS. EL REY, con HOMBRES-DE-ARMAS,
y después DOÑA MARIA CORONEL.

(Don Nuño y la Padilla se retiran á un lado.)

REY.

(A su gente.) Entrad...
(Viendo que no está doña Maria.)
¡Mas no está aquí!..

PADILLA.

(Sorprendida.) ¡Virgen Santa!

REY.

(Vuelve la cabeza y se dirige á la Padilla.)

Alguna perfidia nueva
por tu mano preparada,
el ídolo de mi pecho
ahora tambien me arrebató;
pero esta vez, infeliz,
blanco serás de mi rabia.

(Saca la daga.)

¡Dime dónde está Maria,
ó muere desventurada!

D.ª MARIA.

(Llega por el fondo, cubierto el rostro con un
velo. Todos se apartan.)

Rey don Pedro, deteneos:
dad treguas á ese furor;
yo misma la ansiada presa
vengo á entregar al leon.
Mas no como hace un momento
me causais ahora temor:
Dios el medio me ha inspirado
de apagar vuestra pasion...
«Mientras en tí, me habeis dicho,
»esa beldad mire yo,
»que los sentidos ofusca
»y avasalla la razon,
»no habrá poder que la llama
»pueda apagar de mi amor.»
Pues bien, la infausta belleza
que tantos males causó,
ya no existe: devorada

por el fuego destructor
ha sido... ¡Qué! ¿Lo dudais?..

(Aparta el velo y deja ver el rostro lleno de señales ensangrentadas.)

Mirad... Desapareció.

(Movimiento general de terror.)

REY. ¡Cielos!

D.^a MARIA. *(Se echa de nuevo el velo.)*

Pero este martirio

es, don Pedro, para vos

que así del trono abusais,

una elocuente lección...

¡Ay de mí! No puedo más:

mi acento embarga el dolor.

(Cae en un sillón, y acude la Padilla á sostenerla.)

REY. ¡Turbado estoy! Que no hiciera

sin influjo superior,

sin inspiración divina

una muger tal acción...

(Dirigiéndose á doña Maria.)

Despreciaste una corona,

que la tierra te ofreció,

y otra más bella te aguarda

allá en un mundo mejor...

Al orbe sirva de ejemplo

ese tu heroico valor,

el solo que puso freno

á mi firme condición.

Sí; mi voluntad de hierro

á tu esfuerzo se rindió,

que en almas como la tuya

no hay fuerza contra el honor.

FIN DEL DRAMA.



